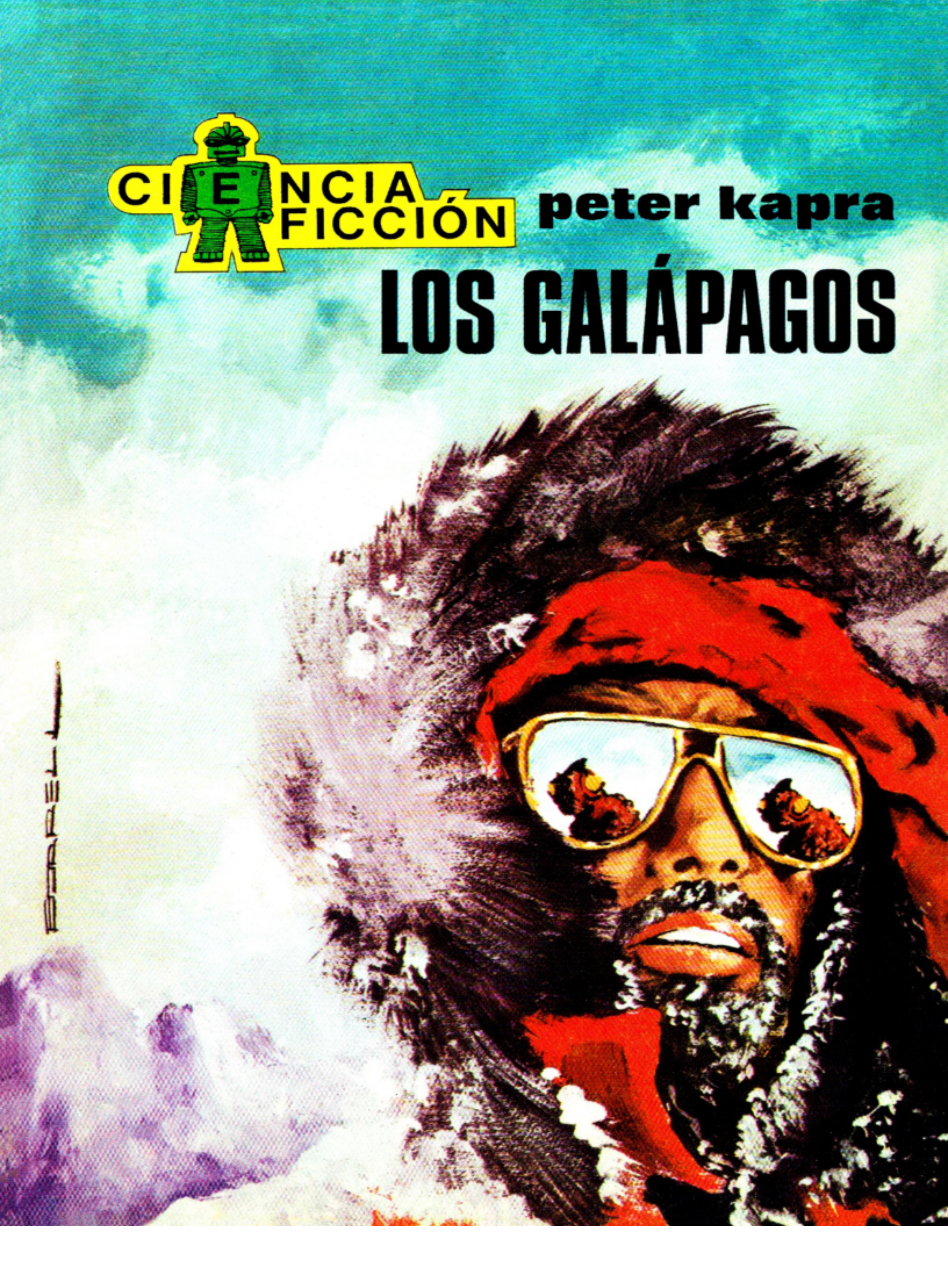


CIENCIA FICCIÓN
peter kapra
LOS GALÁPAGOS

PETER KAPRA

# LOS GALÁPAGOS

Ediciones TORAY, S. A.

Arnaldo de Oms, 51-53
Barcelona

Dr. Julián Álvarez, 151
Buenos Aires



Depósito Legal : B -19.085 —1968

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - Barcelona

*«Nadie puede hacernos sentir inferiores sin nuestro propio consentimiento. »*

(Eleanor Roosevelt)

## Capítulo primero

Algún remoto poeta puede considerar maravilloso permanecer días, semanas y meses enteros asomado a la eterna noche del Cosmos, ese negro aterciopelado, continuo, obsesivo e inmutable, que discurre siempre, como un manto eterno, ante la pantalla semiesférica de mi control de reconocimiento.

Está previsto que debo permanecer cincuenta años viendo siempre igual. Nada cambiará jamás. Envejeceré lentamente, dentro de esta pequeña cabina, ante mis controles, y la vida será siempre igual.

Yo soñaba desde niña con emprender el viaje que estoy realizando ahora. Lo supedité todo a la realización de mi más caro sueño. Llegué a vivir en la obsesión latente y enfermiza de la terrible duda. Tenía que lograr mi título.

Y ahora soy «Coordinadora espacial». Aquí estoy, en el interior de una nave lenticular, junto con otros cinco seres humanos. Mis sueños se han realizado entera y totalmente. Sobre la puerta de mi cabina hay un rótulo en aluminio que dice: Doctora Ana M.ª Minaya (Coordinación).

¡Qué extraño cargo el mío!

Yo no mando nada en el «Eufax». Las órdenes las da el mayor Pittston. Él es el jefe, el «amo», como le llama el simpático Elm. Se trata de un americano agrio, seco, cortante e incisivo. Un hombre duro y sin sentimientos, como se requiere para esta clase de trabajos.

El mayor Leo Pittston ha viajado por el Sistema Solar en diferentes ocasiones y fue el piloto-astronauta que dirigió la primera nave de propulsión nuclear. No podemos quejarnos en cuanto a experiencia.

Debo habituarme a él.

Me ha contado Elm que hay una tragedia en la vida del jefe. Estas cosas ocurren y es lógico suponerlas. Tiene cuarenta y ocho años y ha pasado más de la mitad de su vida en el espacio.

A mí me trata con atenta deferencia, correctamente. Y hasta he podido verle sonreír, en ocasiones. Dice que soy una mujer bonita y

con talento. Y recuerdo una frase suya que me dio mucho en qué pensar:

«—Es una lástima, señorita Minaya. Usted habría podido hacer feliz a cualquier hombre. Creo que pierde el tiempo aquí.»

Si no recuerdo mal, esto es lo más personal que me ha dicho. Y todavía no sé si debo agradecérselo o no. En realidad, Leo Pittston es una especie de ogro, del espacio.

Por suerte, con él estamos otras personas. Está el teniente Augusto Elm, procedente de la Escuela de Astronáutica de Cabo Kennedy, que es sumamente atrayente y agradable. Muchas veces me he preguntado si no siento hacia él algo más que aprecio. ¿Y qué siente él por mí?

Recuerdo el día que me lo presentaron…

Fue en la Base Espacial de Ozona, Tejas. Y era el día nueve de enero de 2005. Hace ahora, exactamente, tres años, tres meses y veinte días.

Llegué a Ozona terriblemente nerviosa. Un oficial de personal me llevó hasta el alojamiento de «exofilos», como cariñosamente, llaman allí a los amigos del espacio exterior.

Y Augusto estaba en la recepción, hablando con un oficial médico.

Mi acompañante me lo presentó inmediatamente.

—Teniente Elm, ésta es la señorita Ana María Minaya.

Augusto es alto, bien parecido, de infantiles ojos claros, no sé si azules o verdes; sus cabellos son broncíneos y su complexión, atlética. En aquel momento, vestía de oficial, y la guerrera de las Fuerzas Espaciales le sentaba maravillosamente.

—Muchísimo gusto —me dijo en español, tendiéndome la mano con calor.

Agradecí su atención, al expresarse en mi idioma patrio, pero le repuse en inglés:

—Hábleme en su lengua, teniente. Conozco cinco idiomas.

—¡ Fantástico! Yo, en cambio, apenas si sé inglés. — Rió, mostrándome sus sanos y blancos dientes, y me contagió de su risa.

—¿Entiendo que forma usted parte del «Proyecto l-CGTM-93? —pregunté.

—En efecto. Soy Augusto Elm. ¡Yo me ocuparé de ella, Ben! —añadió, dirigiéndose al oficial de personal.

—De acuerdo. Empiecen a conocerse. Tendrán tiempo sobrado.

Yo sabía que me habían nombrado «Oficial de Coordinación» en el proyecto de referencia. Nada más. Me entregaron la notificación en Madrid, tomé el «super-jet» y me planté en Ozona, siguiendo instrucciones.

Augusto me miró fijamente en cuanto mi acompañante se hubo retirado.

—¡ Lástima! — exclamó.

—Lástima ¿por qué? —pregunté.

—De que belleza tan privilegiada vaya a enterrarse en una nave que no regresará nunca a su punto de partida — dijo él con naturalidad.

Opté por sonreír.

—¿Cuál es la misión que debemos realizar?

—Eso no lo sabemos. No creo que lo sepa nadie aún. Ya sabe cómo son estas cosas. Algún sabio perdido en uno de tantos laboratorios astrofísicos del Sistema sugiere una exploración analítica «in situ», de algún remoto mundo. Alega una serie de razones de orden técnico, y ése expediente, después de mucho dar vueltas, cuando ya su promotor puede haber muerto, se aprueba. Entonces, la Jefatura del Espacio programa un vuelo, se eligen a los componentes, en este caso nosotros, y asunto concluido. Se forma el equipo, tanto en la nave como en tierra, y a seguir adelante hasta el fin.

—Todo muy frío e impersonal.

—Sí, mucho —dijo Augusto, tomándome del brazo y levantando mi pequeño maletín—. Le mostraré su alojamiento y le presentaré a las otras víctimas.

—¿Cuántas somos? — quise saber.

—Seis. Ya estamos todos aquí. ¿Ha viajado alguna vez por el espacio?

Sonreí tímidamente y negué con la cabeza.

—Es muy emocionante. Uno ve alejarse el mundo en el cual ha nacido, para luego, antes de darse cuenta, encontrarse envuelto en la oscuridad eterna. Al llegar a su destino, aparece un mundo extraño, misterioso, y nunca sabe uno lo que va a ocurrir. Lo malo es que otros ya nos han precedido y allanado las dificultades. «No haga esto», «Prohibido aquello», «Atención a lo de más allá», y siempre igual. Se pasa uno el tiempo rememorando recomendaciones.

»Pero en este caso, apreciada amiga, todo va a ser distinto. ¡No sabemos dónde vamos!

Llegamos a un salón en donde se fumaba, se bebía y se charlaba generalmente. También había astronautas descifrando crucigramas, jugando al ajedrez o explicando chistes. Había más hombres que mujeres, como es lógico, y muchos hombres me miraron con interés.

También sentí que Augusto apretaba su mano en mi brazo, a la vez que musitaba:

—Somos el foco de la atención de todos.

—No.

—¡ Eh, Augus, preséntame! — exclamó un oficial joven, acercándose.

—¡Cuidado, muchacho! Es mi hermana menor.

¡Qué bueno es Augusto!

Allí, en el Club, estaban el mecánico Fred Aider y el astrónomo Lacaune —éste último vestía aún de paisano, como yo, y era evidente que acababa de llegar —, charlando ambos animadamente.

Ahora, después de tres años de convivencia, apenas si dirigían la palabra.

El mecánico Aider es un hombre interesante. No aparenta más de treinta años —predomina la gente joven en el «Eufax». Moreno y de cabello ondulado, me miró con fijeza, observándome con tanto interés que me hizo sonrojar. Tuve la impresión de que se trataba de un retrasado mental, y me equivoqué, porqué en su trabajo no hay nadie como él.

Lacaune, por el contrario, me pareció un hombre discreto y amable. Casado y con dos hijos, que residía en Francia, es un hombre de unos treinta y ocho o cuarenta años, delgado, rostro anguloso, cabellos desteñidos, como incoloros y labios finos.

Es un buen conocedor de los mundos, soles, estrellas y meteoros. Y, sin embargo, tampoco había viajado nunca por el espacio. Eso sí, a su edad ya era director del Observatorio Astronómico de París, lo que habla elocuentemente en su favor.

Ambos, Fred y Raúl, pues así los llamo ahora, me estrecharon la mano. Fred comentó:

—En su compañía la soledad se nos hará más llevadera.

—Sé cantar y bailar — dije, en broma —. Procuraré divertirles.

Todos sonrieron, excepto Augusto. Evidentemente, el comentario del mecánico no le hizo gracia.

Pero no era yo la única mujer del grupo. Había otra joven, Karin Lakin, polaca, que es la encargada de la cabina de comunicaciones. Ella es la única que nos une con La Tierra. La magia de sus circuitos y válvulas trae hasta nosotros mensajes de amigos — uno por semana y cabeza — y noticias difundidas por «stereovisión».

Augusto Elm me presentó a Karin cuando llegamos al «bungalow» que nos habían asignado para los seis. Estaba allí, leyendo una revista técnica, y luciendo, como siempre hace, sus bonitas piernas. Iba muy descotada —ahora no, debido al traje reglamentario, aunque aprovecha cualquier oportunidad para que le vean en «short»— y me examinó de pies a cabeza, con expresión crítica. Sonrió, sin embargo, y me abrazó, diciéndome en su inglés con acento extranjero:

—Encantada, Ana María. Espero que seamos buenas amigas.

— Hemos de serlo —dije—, de acuerdo con el párrafo seis del artículo veintiocho.

El «bungalow» era una instalación circular, semejante a lo que es el «Eufax». Allí debíamos tratarnos previamente, antes de emprender aquel viaje sin retorno. Era importante que todos nos conociéramos bien antes de partir.

No podían existir fallos, y el factor humano se tenía considerablemente en cuenta.

La aclimatación «A» consistía en vivir en comunidad dentro del «bungalow», los seis, pudiendo salir por la base, visitar la nave, que estaba recibiendo los últimos retoques, beber, charlar, bailar y divertirse.

Luego vino la aclimatación «B», en la cual ya no podíamos salir del «bungalow». Aquel período duró en nuestro caso, una semana y media. Los técnicos que nos observaban consideraron que formábamos un buen grupo, y pasamos al período de aclimatación «C», o sea, vivir en la propia nave, sin salir de ella para nada, como si estuviésemos en el espacio.

Estos períodos pasaron, naturalmente. Y llegó la hora de partir y lo hicimos como si no ocurriese nada.

Recuerdo perfectamente aquel día.

Karin entró en la cámara de descanso con una hoja azul en la mano: ¡Era la primera orden!

— Partimos a las cinco treinta —dijo, con voz trémula.

Yo miré al mayor Pittston. Las facciones de su rostro no se alteraron. Se levantó del asiento retráctil y tomó la hoja de papel plástico.

—Sí, amigos míos. Es cierto. Ha llegado la hora de emprender viaje… Señorita Minaya, su trabajo empieza en este momento. Ponga en marcha sus computadoras y pantallas de observación. Todo lo que se haga en esta nave deberá ser estudiado previamente por usted. Yo, no obstante, decidiré.

Mi trabajo es muy complejo. No soy un técnico, sino un teórico. Yo me encargo de verificar medidas efectuadas por Lacaune. Me encargo de supervisar reparaciones hechas por Aider. Me encargo de estudiar las maniobras de abordo que realizan entre Pittston y Elm.

Ellos deciden; yo apruebo. Todo debe ser realizado dentro de lo establecido. Sin mi aprobación, no se puede mover ni un dedo dentro de la nave. Pero yo no mando, naturalmente. Indico errores, calculo, computo y analizo.

No obstante, si yo recuso cualquier acto, el jefe tiene la suficiente autoridad para hacer lo que le plazca, haciéndose responsable de sus actos. Si yo le digo:

—Esto no debe hacerse, señor.

Y él lo hace, incurre en falta. Aunque, según el Artículo Seis, un capitán de astronave puede hacerlo, si a consecuencia de ello no recae ningún daño para nadie. Pero se abre el circuito de «Incumplimientos» y allí queda grabado mi informe, dentro de la caja indestructible.

En realidad, la vida en el interior de la nave espacial es una rutina. Y confieso que los días se suceden ininterrumpidamente, con una celeridad, increíble.

He oído decir que el tiempo en el espacio no cuenta. Y así parece, en realidad. Siempre es lo mismo. Siempre las mismas caras, unas veces con barba y otras sin barba.

En tres años, he visto más de cien modos de arreglarse la barba en Fred Aider. Primero se la dejó poblar, luego se la recortó. Se hizo un cuadro; luego, se la recortó en forma de pera. Después se alargó el bigote, que le colgaba en dos estrafalarias guías. Al fin se hizo la barba «pirata» y se afeitó la cabeza.

Un día, Fred entró en mi cabina.

—Hola, Ana María — me dijo.

—Hola, Fred — le contesté, volviéndome, y apartando la mirada del libro que estaba leyendo.

—He venido a charlar un rato contigo.

Instintivamente, me puse en guardia.

—¿No puedes hacerlo en la cámara?

—Allí siempre hay alguien — me contestó, apoyándose en el tablero de la «ZHG-37» y cruzando los brazos sobre el pechó.

En aquella ocasión iba perfectamente rasurado. Llevábamos ochenta y nueve días de viaje y yo esperaba un momento como aquél.

—Bien. ¿De qué se trata?

—¿Prohíbe el reglamento que un hombre mire a una mujer, Ana María?

—No — contesté secamente.

—¿Y que la toque?

—Tampoco, si ella acepta —dije, sintiendo que se me humedecía la boca.

Alargó su mano hacia mí.

Yo me puse en pie de un brinco.

—Pero ¡yo no acepto, Fred! ¡Vete o llamo al jefe!

—Por favor, Ana María —me suplicó—. Es una tontería mantener una actitud tan severa conmigo.

—¡Contigo y con todos! No existe diferencia alguna entre que yo sea mujer y tú hombre. Aquí todos somos iguales.

—No, todos no — me dijo—. El teniente Elm no es igual que yo. De él aceptas todo y de mí…

No le dejé continuar. Mi mano golpeó su boca con fuerza. Le hice daño, porque la sangre afloró entre sus labios.

—¡ Vete de aquí, infame!

Por un momento, creí que se iba a lanzar sobre mí. Debió hacer un esfuerzo sobrehumano, sin duda, porque retrocedió hacia la puerta, limpiándose la boca con el dorso de la mano. Antes de salir, empero, dijo:

—Has hecho muy mal, Ana María. Te arrepentirás de esto.

Ya en aquel preciso instante me arrepentí de haberle abofeteado. Comprendí que se había creado entre nosotros un motivo de fricción que podía empeorar. No quise hacerlo, pero lo hice. Fue un impulso irreprimible.

Cuando él salía, musité:

—Lo siento, Fred, No diré nada de esto.

No se lo dije ni a Augusto, pese a la gran amistad que nos unía. Y creo que debí decírselo, porque él notó algo en los días que siguieron, dado que Fred sólo se dirigía a mí en las cuestiones puramente técnicas.

Algunas semanas después, Augusto me preguntó en la cámara, aprovechando que estábamos solos:

—¿Te ha ocurrido algo con Fred, Ana María?

—No —mentí—. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada… Me pareció notar cierto distanciamiento.

—No. —Y quise redondear mi mentira—. No me ha ocurrido nada. Puede que sea puro «spleen». No tiene nada que decirme, ni yo a él. Estamos cayendo en el tedio, Augusto.

—Sí, eso me temo.

Cambiamos de conversación y no recuerdo de qué hablamos.

* * *

¿Cuál es nuestra misión?

Cuando llevábamos una semana de viaje, nos lo dijo el mayor Pittston. Después de la cena, cuando estábamos todos reunidos en torno a la mesa circular, aprovechó que Karin, encargada de turno de servir a los demás, estaba presente y dijo:

— Por favor, prestadme atención. Antes de emprender viaje, me fue confiado un pliego cerrado del Jefe de Operaciones Espaciales. Me dieron orden de abrirlo exactamente hoy.

¡La incógnita de nuestro destino se iba a descubrir!

—¿A dónde vamos? —preguntó Augusto.

—A un lugar situado en la coordenada zenital 65, en la Constelación de Tauro. Hemos de buscar un mundo habitado, próximo a Aldebarán, que ha estado enviando mensajes de radio durante muchos años.

Todos nos quedamos de piedra. Mi mente se convirtió en una computadora y recordé haber oído hablar a un profesor de una Universidad Central, en Madrid, algo referente a radiosondeos efectuados en la década de los años sesenta, con los radiotelescopios de Jodrell Bank.

—¿De modo que era aquello?

Secamente, Leo Pittston continuó, mirando ahora a la atractiva Karin Lakin:

—Efectuarás tres observaciones diarias hacia el punto de referencia, que es Z-65-T, y te familiarizarás con esas señales. Es importante establecer un circuito constante.

—¡Tenemos en perspectiva un viaje de 128 trillones de kilómetros a través del Cosmos! —exclamé.

—Exactamente —replicó el mayor Pittston—. O lo que es igual, trece años luz. Esto quiere decir que a nuestra velocidad de crucero sideral, en órbita abierta, emplearemos cincuenta años para llegar hasta nuestro destino.

No debía asombrarnos. Era lo que nos habían dicho. Un viaje de larga duración, del que no regresaríamos, probablemente, a menos que durante aquellos cincuenta años que debíamos permanecer en el silencio sidéreo, se descubriese un nuevo sistema de propulsión, más eficaz que la fisión atómica, y una espacionave enviada después que nosotros, nos diese alcance para redimirnos de un viaje en el que emplearíamos toda nuestra existencia.

— Se ha elegido a seis personas capacitadas para establecer el primer puente entre la Humanidad y esa civilización misteriosa que ha estado enviando mensajes desde Dios sabe cuánto tiempo —continuó diciendo Pittston—. Vamos a ser los primeros embajadores de La Tierra, y nuestra misión, como comprenderéis es muy importante, aunque nos exija tan alto sacrificio.

»Por este motivo, en cuanto la Técnica ha podido disponer de una espacionave de alcance ilimitado, con regenerador perpetuo de aire y el módulo alimenticio artificial, se nos ha elegido para ir al encuentro de los que tantos años hace que nos llaman.

Ninguno de nosotros replicó.

No podíamos alegar que habíamos sido engañados. Se nos dijo que no volveríamos. Y hasta engañé a mis padres, alegando que volvería pasados unos años. Yo era mayor de edad y podía hacerlo. Sólo me engañé a mí misma.

Sin embargo, el objetivo de nuestro viaje me pareció altísimo e importante. Íbamos al encuentro de una distante y extraña civilización. Nos encontraríamos, a buen seguro, con seres distintos a nosotros, pero sumamente inteligentes.

¿Para qué preocuparse, pues? Además, ya no se podía hacer nada.

Volver era imposible.

Aquella noche, o sea el período de descanso llamado nocturno, según indicaban nuestros relojes, no pude dormir: Intenté hacer inventario mental de lo que me convenía hacer.

Podía casarme con Augusto Elm, si él me aceptaba. El mayor tenía facultades para casarnos.

## Capítulo II

Tres años, tres meses y veintitrés días.

Algo ocurrió en aquella fecha fatídica. Se encendió la pantalla visora de comunicaciones interiores y apareció el rostro severo e inescrutable del jefe.

—Ana María, ven a la cabina de dirección.

Fue una orden tajante. La imagen desapareció de la pantalla inmediatamente.

Me puse en pie y salí al corredor circular. Subí la escalerilla número tres y empujé la puerta del puente. Me detuve en el umbral, atónita.

Dentro del mirador parabólico, donde estaba tachonado el universo moviente, se encontraban Leo Pittston, Augusto Elm y Karin Lakin, ésta última sentada en un extensor, oculto el rostro entre las manos, llorando.

—¿Qué ocurre? — pregunté.

—Atiende a Karin —me dijo Pittston—. Fred ha cometido una barbaridad. Está encerrado en el control de máquinas y hemos de obligarle a salir.

—Pero... ¿Se ha vuelto loco Fred?

—Posiblemente — contestó Augusto.

Me acerqué a Karin. Llevaba el buzo plateado y la cremallera del pecho abierta. La verdad es que estaba rota. Supe que Fred se la había desgarrado.

—¡Condenado esquizofrénico! —masculló Pittston—. ¿Es que no se examinó su «test»?

—Es normal — dije yo —. Fred se ha deformado después.

—Vamos, Augus —dijo Leo Pittston—. Le sacaremos de allí aunque tengamos que perforar la puerta con un soplete.

Los dos hombres salieron y yo pasé la mano por el cabello de Karin, la cual me miró con sus grandes ojos desencajados.

—¡Ha sido culpa mía, Ana María! — exclamó, desgarradamente—. Soy una necia... Una criatura vil y despreciable...

—No, Karin. Este prolongado encierro le ha trastornado.

—¡Te equivocas! — me gritó, sacudiendo la cabeza —. Yo le provoqué. No he hecho más que incitarlos a todos durante el tiempo

que llevamos aquí. Estoy loca, Ana María.

—No digas eso. Fred también se insinuó conmigo y hube de atajarle.

—Me lo dijo.

Bajó la cabeza y musitó:

—¡Le aborrezco con todo mi corazón!

Compadecía a Karin, comprendiendo que era más débil que yo. Sus instintos la habían perdido.

Sin embargo, era humano. Yo soy comprensiva. Le dije:

—Después de todo, no tiene importancia. Todo tiene arreglo.

—¡ No, quiero morir, soy una infeliz!

—Podéis casaros. Eso no está prohibido.

Y de pronto, me lo dijo:

—Voy a ser madre, Ana María.

—¡Eso no puede ser!

Se puso en pie de un salto y me agarró de los hombros, hundiendo sus dedos en mi carne. Tenía el rostro desencajado.

—¡ Sí, puede ser! — gritó, llenándome el rostro con el aliento de su furia—. Ya no estamos en La Tierra. No volveremos más allá. Podemos hacer un nuevo reglamento, una nueva ley…

Quise desprenderme de sus manos y forcejeé.

—¿Estás loca? ¡No sobreviviríamos! Este lugar está acondicionado para seis personas.

—Seremos seis, Ana María… ¡Raúl no tiene salvación!

Fue entonces cuando supe que Fred había abierto la cabeza a Lacaune, propinándole un golpe con un soplete. Era la verdad. Me la contó Karin entre sollozos, al soltarme y dejarse caer en su asiento.

Todo aquello había sucedido ante mis ojos, durante años, y ni siquiera me había dado cuenta.

—Fred es un infame. Yo le dije en qué estado me encontraba y enloqueció. Hablábamos de ello cuando llegó Raúl. Lo había escuchado todo.

»Fred le golpeó. ¡Creo que le ha matado! La sangre que manó de su cabeza encharcó el suelo de la cabina de máquinas… Me dijo que yo debía decir que… ¡Raúl y yo habíamos hecho eso!

»¡Está loco, Ana María!

El relato deshilvanado me produjo náuseas y opté por salir, dejándola sola en la cabina de dirección, para dirigirme a la plataforma inferior, donde se encontraba el acceso a máquinas.

Allí estaban Augusto y Leo, aporreando la puerta metálica que Fred Aider había cerrado por dentro.

—¡Abre, imbécil! —gritaba Pittston en aquel momento —. ¿Qué esperas conseguir con esto?

—¡Dejadme en paz! —respondió la voz de Fred, a través del intercomunicador—. Marchaos con el diablo.

—¡ Emplearé el fundidor y abriré la puerta! — agregó Pittston, enérgico—. ¡Y te daré una paliza como no se ha dado otra en toda la historia de la humanidad!

—¿Cómo está Raúl? —preguntó Augusto.

Fred no contestó.

Me acerqué a los dos hombres y les dije:

—Esta situación es insólita. ¿Qué puede hacerse?

—Primero hemos de intentar atender a Raúl. Si muere, Fred será acusado de asesinato.

—¿Y qué? ¿Regresaremos para entregarle a la justicia? — inquirí.

—No. Le juzgaremos aquí.

—Y todo seguirá igual. Escucha, Leo. Ya no somos seres humanos normales. Vivimos en condiciones distintas a las demás personas. Temí que pudiera suceder algo así. Ha sucedido. Ahora debemos apaciguar a Fred y olvidarlo.

—¡ Jamás! — rugió Pittston —. A ese vándalo le daré una paliza que no será hombre nunca más.

—Creo que Ana María tiene razón — intervino Augusto, conciliador—. Aquí no podemos aplicar la misma ley que en La Tierra. Será mejor razo...

—¡Moriremos todos! —rugió la voz de Fred Aider, a través del interfono —. ¡Ahora veréis!

Sentí que se me paralizaba el corazón al sentir bajo mis pies una fuerte vibración.

Luego, me sentí lanzada violentamente contra el mamparo.

La nave espacial había efectuado un cambio de órbita.

Dentro de la cabina de máquinas, Fred Aider estaba destruyendo los propulsores de energía nuclear.

Augusto Elm, en un alarde de serenidad y vertiginosidad subió la escalera, mientras el «Eufax» empezaba a dar bandazos, y desapareció hacia la cabina de dirección.

Perdí mi gravedad y me di un fuerte golpe contra el techo.

Del interior de la cabina de máquinas, los golpes de Fred Aider parecían llegar hasta mí, repercutiendo en el interior de mi mente.

El jefe, por su parte, se agarró a un pasamano, mientras gritaba:

— No, Fred; no destruyas el reactor. ¡Por lo que más quieras!

La luz se apagó súbitamente. Se produjo otro bandazo y esta vez el golpe me dejó sin sentido.

* * *

Nuestro viaje había durado tres años, tres meses y veintitrés días exactamente. Terminó entonces, debido a la locura de Fred Aider, al que Augusto y Leo pudieron reducir, después de cuando el daño que, en honor a la verdad, pudo ser peor.

Cuando abrí los ojos me encontré tendida en la litera de mi cabina. La luz se había restablecido, Augusto Elm, solícito, estaba a mi lado. Me sonrió y me preguntó:

—¿Cómo te sientes?

Accioné, uno por uno, todos los miembros de mi cuerpo e intenté incorporarme, cosa que él no me permitió, antes de responder:

—Creo que estoy bien. ¿Qué ha ocurrido?

—Una lamentable desgracia, Ana María. Pero si no corro a dirección y descargo las baterías atómicas, de nosotros no se encuentra ni el polvo.

—¿Estamos sin energía?

—Nos queda sólo una pequeña reserva, en el reactor número cuatro. Pero estamos a la deriva en el espacio.

—¡Oh!

—Y sin comunicaciones. No nos queda ni el recurso de pedir auxilio. El alimentador de fluido es de baja frecuencia.

—¿Y Fred?

—Está en un refrigerador vacío y desconectado. Leo le ha encerrado allí hasta que se calme. Pero Raúl ha muerto.

¡Pobre Raúl Lacaune! Había dejado en Francia mujer y dos hijos. El estado se cuidaba de su familia. No podía faltarles nada. Pero la verdad era que a su padre lo habían perdido cuando se separaron.

—¿Cómo ha sido?

—Es una sucia historia que ha tenido lugar ante nuestras narices, sin que ninguno hayamos querido darnos cuenta. ¿Crees tú que yo no sabía lo que pasaba entre Karin y Fred? ¡Pues lo sabía! Y le dije que no se metiera contigo. ¿Me hizo caso?

Asentí con la cabeza, sin responder.

—No quiero culpar a nadie. Algo de esto tenía que suceder. Más yo no esperaba una reacción tan violenta por parte de Fred. No le consideré tan agresivo.

»Al muy imbécil no se le ocurrió otra cosa que matar a Raúl por haber «descubierto» sus relaciones con Karin, cosa que sabíamos todos...

—Excepto yo — dije.

—Bien, admitido. Excepto tú — agregó Augusto —. Está permitido. Ella aceptó. Podían legalizar la situación. Leo lo hubiese hecho con gusto.

»Pero no. Fred no comprende eso. Tiene mentalidad de mecánico.

—Es un buen mecánico —dije, sin ánimo de defender a Fred.

—No le apoyes. Raúl también era un buen astrónomo... ¡Y ha muerto! Fred quiso matarle. Intentó convencer a Karin para cargar las culpas a Raúl de todo.

—¡ Todo eso es absurdo! Este mundo es demasiado reducido y no tenemos posibilidad de escapar de aquí. ¿Por qué hemos de comportarnos como personas normales? ¿Acaso somos seres corrientes? ¿No nos han cambiado los tres años que llevamos aquí metidos?

Augusto me miró con fijeza, sin comprenderme.

—¿Qué quieres decir?

—Psicosis, Augusto. Ésa es la palabra. Fred ha sido el primero en sufrirla. Estaba, incluso, previsto. El porvenir que nos aguarda aquí sólo beneficiará a la ciencia, y ahora parece que ni eso. Nosotros no somos seres humanos, sino partes del programa, como el selector de órbitas, la computadora «ZHG- 37», los radioscopios...

»Debieron idiotizarnos o robotizarnos, inyectarnos hormonas

híbridas. Esto es un viaje de máquinas y no de seres.

»En estas condiciones, debíamos reaccionar así. Primero Fred, luego tú, por ejemplo, y después yo.

»¿No sabes que me gustas, teniente Elm? ¿Por qué no confesarlo? ¿Acaso hemos de rendir cuentas de nuestros actos a alguien? De aquí no salen ni nuestros pensamientos… ¿Por qué me miras así?

—¿Tú también, Ana María? —me preguntó con expresión dolida.

Aquella pregunta fue como una bofetada en mi rostro, que sentía arder. Y yo sabía que estaba diciendo la verdad. Yo no estaba loca, pero acabaría estándolo, si algo no ocurría pronto.

¿O acaso no había ocurrido ya?

Augusto se levantó y me miró despreciativamente.

—Ignoraba que fueses como Karin. Lo siento, Ana María. Descansa y recupérate.

—¡Espera! —le grité, haciendo un esfuerzo para incorporarme.

Él se detuvo en la puerta, volviendo el rostro.

—¿Qué?

—No me has entendido, Augusto. He querido decir que lo ocurrido tiene menos importancia aquí, en el «Eufax», que en La Tierra. No hay allí mucha gente capaz de resistir esto.

—Yo lo resisto.

—¡Tú no tienes sentimientos! — me atreví a decirle.

—Sí, los tengo. Yo te quiero a ti también, Ana María. Te creo lo suficiente inteligente para haberlo comprendido. Pero por encima de mis sentimientos personales, tengo una misión que cumplir… Ahora, desgraciadamente, ya todo es inútil. Estaremos vagando por el Cosmos, sin rumbo fijo, hasta el fin de nuestros días. Ése será nuestro destino. No sé hasta donde llegará mi moral. ¡Pero yo no justifico a Fred!

* * *

Hube de meditar profundamente sobre aquellas palabras. ¿En qué nos habíamos convertido, después de tres años de encierro?

Los «tests» a que nos sometieron en la base de Ozona habían sido positivos. Todos demostramos poseer un coeficiente elevado de seguridad en nosotros mismos. Sabíamos que no íbamos a volver y lo aceptamos con calma.

No estábamos jugando ni habíamos aceptado el «Proyecto l-CGTM-93» por «snobismo». Quizás a cada uno de nosotros nos movían razones distintas.

Yo no estaba muy segura de nada. Empezando por Leo Pittston, sospechaba que accedió a la propuesta de la Jefatura del Espacio porque tenía un grave problema con su familia. Augusto me había insinuado que la mujer de Leo le traicionó.

El propio Augusto era joven. No podía aspirar a méritos, porque nadie se los otorgaría. ¿Acaso por deseo de vivir otra vida, conocer otra civilización, si llegaba con vida a su destino?

Su alegato lo había podido leer yo en el archivo. Decía así: «Deseo servir a la Humanidad». ¿Era, acaso, un asceta?

Raúl Lacaune siempre había dicho que desde niño ansiaba conocer directamente los mundos que veía en los grabados de astronomía y que de mayor contempló a través de los telescopios. Era un obseso de la astronomía. En él no cabía otra justificación.

Fred había sido distinto y su declaración fue: «Aborrezco este mundo falso y me atrae inmensamente la idea de no volver jamás a él». Era soltero, no tenía obligaciones y le gustaba su profesión.

¿Y Karin Lakin?

Dijo haber solicitado el puesto porque ansiaba viajar por el espacio y alegó que no le importaba morir en algún mundo distante. «Me fascina conocer nuevos mundos.»

Estoy segura de que hubiese sido más sincera al decir: «Me fascina la idea de estar encerrada entre hombres, sabiendo que no pueden irse de mi lado»..

Soy cruel, lo reconozco. Pero Karin es así. No puede ser de otro modo.

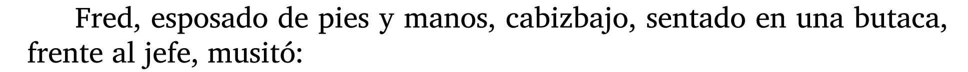
* * *

Le celebramos juicio a Fred Aider en la cámara. No fue una burla. Leo Pittston hizo de juez, Augusto y yo éramos el público. Karin, muy pálida, era la defensora.

Fue todo muy simple. Pusimos una grabadora en marcha, del circuito de control de Coordinación, y Leo empezó diciendo:

—Has faltado a muchas reglas, Fred Aider. Has matado y nos has puesto a todos en peligro. El cuerpo de Raúl Lacaune vaga ahora en su sudario, por el Cosmos, en presencia de Dios, insepulto.

»Esa es tu obra, Fred. Tú eres el responsable. ¿Lo reconoces?



Fred, esposado de pies y manos, cabizbajo, sentado en una butaca, frente al jefe, musitó:

—Sí, señor.

—Deberías ser ejecutado por lo que has hecho, Fred Aider. Y si en la votación final así se acuerda, te arrojaremos al vacío.

—¡No, eso no! —exclamó Karin, poniéndose en pie con las manos en actitud suplicante—. Yo le quiero.

Dirigí una mirada desdeñosa a la especialista en radiocomunicaciones. Me pareció vulgar, baja, insignificante y despreciable.

—Cállate, Karin Lakin. A ti también te tocará alguna responsabilidad. No creo que podamos regresar nunca a La Tierra. Pero si así ocurriera, mi sentencia será cumplida. Eres reo de asesinato, maquinación conducente al fracaso de una importante expedición científica, y reo de felonía e infamia.

»¿Tienes algo que alegar en tu propia defensa, Fred Aider?

—No — musitó el acusado.

—Un momento, Leo —intervine yo—. Todos conocemos los hechos. Vivimos demasiado juntos aquí para ignorar la realidad. Lo que se ha producido es un desquiciamiento psicopático.

—Te ruego no te inmiscuyas en esto, Ana María — me replicó Leo, tajante—. La exposición está hecha. El resultado de cuanto ha sucedido está patente. Podemos seguir viviendo dentro de este ataúd metálico. Pero nos es imposible dirigirlo. Vagaremos por el Cosmos hasta que la atracción de algún mundo nos lleve a orbitar eternamente en torno a un astro muerto, de los muchos que pueblan el Universo.

»Eso se lo debemos a Fred Aider, porque si le dejamos destruir la cabina de máquinas, ahora estaríamos todos muertos. Fue preciso soltar toda la carga peligrosa que había en su poder y así conjuramos el peligro de la muerte inmediata a la que nos condenaba ese loco estúpido.

»De todas formas, nuestra suerte es incierta. El riesgo que estamos corriendo es mucho mayor ahora. Puede sobrevenirnos un choque…

—Queda energía para esquivar cualquier encuentro peligroso — apunté yo, con ánimo de quitar hierro a la dura situación.

—Podemos evitar un meteoro, planeta o sol que se interponga en nuestro camino. Pero llegará un momento en que hasta esa energía de reserva nos faltará. Y entonces, ¿Qué será esto?

—Lo que era antes —dije—. Un sarcófago flotando en el espacio, con cinco cadáveres vivientes dentro. Y por ese motivo, insisto en que no debemos ser excesivamente rigurosos.

—¡ Cállate, Ana María! —me atajó Augusto—. Eres demasiado sensible para comprender la situación. Lo que ha sucedido una vez puede repetirse... ¡Tal vez, contigo!

—¡No! Yo no me relajaré jamás como...!

No quise acusar directamente a Karin. Me pareció horrible. Pero ella me entendió. La mirada que me dirigió era profunda, significativa, odiosa, como si quisiera envenenarme con ella.

Supe entonces que me había ganado una enemiga peligrosa.

—Está bien. Haced lo que os plazca. Viviremos aquí con asesinos y locos. ¿Qué importa? ¿No es una locura encontrarse aquí?

Me puse en pie y me dirigía a la salida, para regresar a mi cabina.

—Espera, Ana María — me dijo Leo Pittston, cortante —. Debes conocer la sentencia.

»En virtud de las atribuciones que me confiere el mando ejecutivo de esta nave, dispongo que Fred Aider sea condenado a muerte en cuanto lleguemos a un lugar en donde podamos considerarnos a salvo.

»Entre tanto, y previa vigilancia, el reo está obligado a desposarse con Karin Lakin y a cumplir todas las labores penosas y de fatiga que deban realizarse a bordo.

»Mi sentencia estará en pie hasta el fin del viaje. Y si llegamos a alguna parte, o somos rescatados, sólo un tribunal superior podrá revocar y anular la ejecución.

Así habló Leo Pittston, solemnemente, como si fuese un juez del Tribunal Internacional.

Fred Aider no se dignó replicar siquiera. ¿Qué importancia podía tener para él aquella sentencia que, a todas luces, jamás se cumpliría? Y en cuanto a tener que realizar labores penosas... ¡Si quería aliviar sus penas y que su juez se convirtiera en verdugo, sólo tenía que negarse!

De lo que no pudo obtener clemencia fue de la palabra solemne que pronunció Leo Pittston, alzando la mano al cielo:

— ¡Sois marido y mujer hasta la muerte, Karin Lakin y Fred Aider!

Yo abandoné la cabina en aquel momento.

## Capítulo III

Para que mi relato sea coordinado y coherente no puedo permitirme el lujo de anticipar acontecimientos. Es preciso seguir un orden cronológico de hechos, aunque en el espacio hubiese dejado de existir el tiempo para nosotros.

Por todos los medios, Leo y Augusto intentaron establecer las comunicaciones con La Tierra, pero sus esfuerzos resultaron inútiles. El daño que había hecho Fred Aider a las pilas de energía era irreparable.

Por todo lo expuesto, entramos en un período irreal que, de no haber ocurrido lo que ocurrió tres meses más tarde, habríamos terminado acometiéndonos los unos a los otros a dentelladas.

El mayor Pittston iba siempre armado, al igual que Augusto. En torno nuestro se movía Fred como una sombra, obedeciendo a todo lo que se le mandaba, sin replicar.

Podía entrar y salir de su cabina y de la de Karin, que ya era su mujer, por disposición del «amo». Trabajaba en la planta alimentadora, accionando el módulo de alimentación artificial.

Debo decir que un complicado mecanismo químico nos producía el alimento que consumíamos, y ahora que faltaba Raúl, en más abundancia. Y fue preciso establecer un coeficiente de equilibrio, tanto para el aire purificado como para los alimentos. Leo Pittston tenía práctica en esto y efectuó los ajustes para cinco personas. Supervisé su trabajo y resultó correcto.

Teníamos que aprovecharlo todo, incluso los excrementos. El anhídrido carbónico era utilizado en el «clorifilador» de la planta alimenticia, y sufría un proceso regenerador, semejante al que realiza la clorofila en la naturaleza.

En el orden físico, no teníamos muchos problemas. Podíamos seguir viviendo indefinidamente, si alguna circunstancia extraña no venía a cruzarse en su camino.

En el orden moral, la situación era prácticamente penosa. Éramos un quinteto de desavenidos. Fred no se llevaba bien con Karin. Apenas si cambiaban palabra entre sí.

Karin había dejado de exhibirse en la nave. Estaba triste, preocupada y resentida.

Augusto tampoco se mostraba conmigo con la solicitud de antes. Él también había cambiado, pero yo deduje que sostenía una lucha consigo mismo, y el tiempo le estaba venciendo. Llevaba muy dentro

la idea de la disciplina militar, del deber y de la responsabilidad. Hacía esfuerzos por no relajarse. ¡Se creía perfecto!

Y el mayor Pittston era mi único consuelo. Él me hacía recordar que éramos seres humanos.

Una «noche» en que no podía conciliar el sueño, debido a que atravesábamos una tormenta cósmica ultrarradioactiva, me encontré con Leo Pittston en la cabina de descanso. Estaba allí sentado, escuchando música de una cinta grabada.

Tenía el volumen muy bajo y cuando yo entré encendió inmediatamente la luz.

—Hola, mujer española —me dijo, para mi desconcierto, un tanto jovialmente—. ¿Tampoco puedes dormir?

—No. Venía a buscar un sedante.

Él mismo me ofreció una píldora del distribuidor automático, junto con un vaso de agua.

—Tómate esto.

Me tomé la píldora y me senté, guardando silencio. La música era de Ellis Craig Jr., «Tempestad alucinante» se llamaba, y su interpretación electrónica era magistral. Yo había escuchado aquella música numerosas veces.

—¿Lo has puesto por el ambiente? —pregunté.

—No. Porque me gusta. Oí en Túnez esa pieza por vez primera. Estaba allí en viaje de novios.

Creo que contuve el aliento. Era la primera vez que Leo hablaba de su vida privada. Ni siquiera conocía de él una fotografía de su familia.

—¿Cuándo fue eso, mayor? —pregunté.

—Hace veinticuatro años. Yo era entonces un apuesto oficial de las Patrullas del Espacio. Regresé de Marte y contraje matrimonio. —Me miró sin expresión en los ojos. Todo su semblante era una máscara—. Todo ha cambiado mucho.

—¿Y tu mujer, Leo?

—Su único defecto era tener demasiado dinero. Que tontería, ¿eh? Nunca te he hablado de Julie, Ana María. Esta noche me siento como liberado. Los electrones que golpean el «Eufax» alteran mi mente, me hacen ver las cosas de modo más sosegado. —Se reclinó en su asiento retráctil y adoptó una postura de completo relajamiento, para seguir diciendo —: Me dijo que pidiera la licencia. Con el dinero de ella

podíamos vivir perfectamente toda nuestra vida.

»Yo debí hacerlo. Pero el espacio me llama. Al año solicité una misión estelar y me fue concedida. Ella no podía venir. Fuimos a Júpiter a realizar una prueba de aclimatación bioquímica. Estuve ausente tres años.

»Cuando volví a casa, Julie había cambiado. Me recibió fríamente, como si mi presencia la molestara. Teníamos un hijo, al que no atendía. Por suerte, no estuve con ella mucho tiempo, sino me habría divorciado.

»No pude ni besarla en el tiempo que estuve allí, que no fue mucho. Pasaba el tiempo fuera de casa, divirtiéndose. Me llamaron de nuevo y realizamos un periplo por el Sistema. Estuve seis años ausente. Y a mi regreso ella tenía una hija nueva, de pocos años.

»Por eso la dejé y pedí venir en esta expedición. Confesé la verdad en mi solicitud y alegué que no quería presentar demanda contra Julie. ¿Qué hubiese conseguido, aparte de ser el hazmerreír de todo el mundo?

»La dejé allí, con su vida. Para ella hace. Día llegará en que se dará cuenta y entonces ya no tendrá remedio… ¡Pobre Julie, la compadezco porque es una infeliz!

Se calló. Había sido una confesión rápida y sencilla. Hablaba como un hombre amargado y desilusionado que recuerda algo desagradable.

Sin saber por qué, me levanté y me acerqué a él. Extendí la mano y le toqué el rostro barbudo. Él necesitaba consuelo y yo también.

* * *

Estaba loca. No puedo explicarlo de otra manera. Y ni siquiera el lugar, la situación desesperada en que vivíamos, la psicosis del aislamiento perpetuo, ni la sensación de angustia de aquella noche fatídica, pueden justificar mi acto.

No ocurrió nada más.

En un atisbo de claridad, logré zafarme de él y escapar hacia mi cabina, donde me encerré, echándome en la litera extensible y rompiendo a llorar.

¡Yo no amaba al mayor Pittston! Entre él y yo había un abismo infranqueable, de tiempo y principios.

¿Qué me sucedió? ¿Sentí compasión por él? ¿Me estremeció su historia y quise devolverle la fe en la vida?

No obstante, mi debilidad de aquella noche había de influir

poderosamente en nuestra existencia futura, debido a que nuestro destino iba a cambiar antes de lo que creíamos debido a ¡LOS. GALÁPAGOS!

Al día siguiente, ya más serena y consciente, esquivé a mis compañeros a la hora del desayuno y de la comida. Por este motivo, Leo Pittston vino a verme.

Llamó a la puerta y pidió permiso para entrar. Se lo di. Una vez frente a mí, me preguntó, muy serio:

—¿Qué te ocurre, Ana María?

—Me siento indispuesta. He tomado un cordial... Se me pasará. No creo que sea nada.

Me miró fijamente. Él era el jefe. Podía examinarme, dado que ostentaba, entre otros títulos, el de médico. Un jefe de astronave debía ser ingeniero, abogado, médico y muchas cosas más.

Estuvo unos minutos sin hablar, mirándome como si lo hiciera por vez primera. Al fin, en su tono suave y reposado, murmuró:

—Te ruego que olvides lo que ocurrió anoche, Ana María. No volverá a suceder. Te lo prometo. Anda, levántate y ven a reunirte con nosotros.

Salió y me sentí muy pequeña, insignificante, como si no fuese más que un gusano. Me había dado perfecta cuenta que Leo Pittston era mucho mejor que yo.

Mi admiración por él creció en aquel instante. Y hasta me sentí alegre al vestirme.

Media hora después estaba en la cámara.

—¿Cómo te encuentras? —me preguntó Augusto, el único que se encontraba allí.

—Bien. Era sólo una indisposición pasajera. ¿Dónde está el jefe?

—En la dirección de vuelo. Y no comprendo lo que hace allí, puesto que esta máquina no se puede gobernar —dijo Augusto—. ¿Quieres comer algo?

—Sí, creo que tengo apetito.

Augusto se inclinó sobre el tablero de circuitos y presionó el interfono, diciendo:

—Fred, sirve la comida a Ana María.

—Sí, teniente —contestó, desde la cocina, la voz áspera del

condenado.

A los pocos minutos, Fred Aider apareció en la entrada, con el carrito de las provisiones. Me sirvió en una mesita auxiliar, en silencio. Le vi mirar varias veces a la funda del arma que Augusto llevaba al cinto, sobre el vientre.

Es raro cómo se adivinan los pensamientos de las personas que conviven íntimamente con una. Yo era capaz de saber, casi con exactitud, lo que pensaban todos mis compañeros. Y adiviné la intención de Fred Aider de lanzarse sobre Augusto y desarmarle.

Sin embargo, no ocurrió nada. Fred me sirvió la comida y se retiró.

—Si este estúpido intenta algo no tendremos más remedio que matarlo —me dijo Augusto, mirando hacia la puerta por la que había desaparecido el mecánico.

Comprendí que él también había adivinado las intenciones de Fred.

—Está resentido —dije—. Debo admitir que esta situación se hace insostenible.

—Presiento que pronto va a ocurrir algo.

Me las compuse para cambiar de tema y al poco, cuando hube terminado de comer, me disculpé con Augusto, yendo a la cabina de dirección donde estaba Leo absorto en la contemplación de la pantalla stereovisora.

Me acerqué a él, sonriendo.

—¿Qué has visto?

—Un sistema solar muy lejano, hacia el cual nos dirigimos. Llegaremos a sus inmediaciones dentro de tres meses. Observa esto... Mira este puntito blanco. ¿Verdad que parece una estrella enana?

Me acerqué más a la pantalla. Estaba ligeramente desajustada. Manejé los mandos y conseguí más nitidez, acentuando el contraste.

—No es una estrella enana, Leo — dije, segura de mí misma.

—¿Qué es?

—Un planeta blanco. La luz es reflejada y procede de este sol situado aquí. ¿Quieres que haga las mediciones correctas con la computadora?

—Sí, hazlo. Yo comprobaré desde aquí.

Era una verificación de rutina. Ni siquiera sabíamos qué sistema

era aquél. Habíamos perdido la noción del espacio e ignorábamos dónde nos encontrábamos, debida a la falta de referencias. Intentar adivinar qué sistema era aquél era tanto como pretender contar las gotas de agua que existen en el mar.

Sólo podíamos saber, y esto de modo inseguro, que nos encontrábamos fuera de nuestra Galaxia, la cual habíamos abandonado hacía ya dos años.

Regresé pues a mi cabina y me puse a coordinar. No sé el tiempo que llevaba absorta en mi tarea, cuando sonó el timbre de alarma. Era la segunda vez que lo escuchaba y me sobresalté, sin saber exactamente a qué se debía.

Al comprender, salí precipitadamente de mi cabina y corrí hacia el centro de la nave. Allí estaba Karin Lakin, empuñando un arma desintegradora.... ¡Y en el suelo, inerte, yacía Augusto Elm!

—¿Qué ha ocurrido, Karin? —pregunté—. ¿Qué le has hecho a Augusto?

—Yo no he sido —contestó la radiotelegrafista, sonriendo cínicamente—. Ha sido Fred. Pero no temas por tu amigo. No está muerto. Sólo desvanecido.

Me arrodillé junto a Augusto y le ausculté el pecho. Su corazón latía. Al examinarle la cabeza vi que la sangre se deslizaba por su nuca. Le habían propinado un fuerte golpe.

—¿Dónde está Fred?

—Ha ido a buscar al «amo».

—Habrá sido alguno de ellos. No te inquietes, Ana María. No te ocurrirá nada.

Incorporé a Augusto y le coloqué sobre un sillón extensible, boca abajo. Karin no hizo nada por ayudarme. Me miraba con ojos entornados, sosteniendo el desintegrador en la mano, pero sin apuntarme directamente.

—Es mejor que dejes eso y me ayudes. Hay que restañar la sangre.

—No. Fred me ha dicho que le vigile. Él no tardará en volver con Leo.

—¿Le ha dado un nuevo ataque a Fred?

—No. Está más cuerdo que cualquiera de nosotros. Se ha cansado de recibir órdenes. Ahora, él será el nuevo jefe. Todo cambiará ahora. No hay necesidad de regirse por un reglamento que fue redactado por seres que no conocían esta situación.

»Vivimos en un mundo de cinco personas. ¿Por qué hemos de regirnos como si estuviésemos en La Tierra?

—¡ Es la única forma de sobrevivir!

—¡Ya tenemos demasiadas prohibiciones! —me gritó Karin.

Comprendía que no nos entenderíamos. Aquella muchacha estaba ligeramente trastornada. ¿Qué iba a cambiar? ¡Nada! Aunque Fred se hiciera dueño de las armas y encerrase o eliminase a Leo, la situación continuaría siendo la misma.

¿Qué se proponía Fred?

Pronto se despejó esta incógnita. La puerta que comunicaba con la escalera automática, y ahora parada, de la cabina de dirección, se abrió y entró el mayor Pittston, ¡con las manos amarradas a la espalda! Detrás de él, armado con otra pistola desintegrante, venía Fred, revuelto el cabello y agresivo el rostro. Sangraba por la comisura de los labios y ofrecía un aspecto feroz.

—¡ Siéntate ahí, juez! — mascullló Fred. Me miró y se sonrió, añadiendo —: La situación ha cambiado, Ana María. ¿Estás con ellos o conmigo?

—¿Qué te propones, Fred?

—¿Y me lo preguntas? —me retrucó, empujando a Leo hacia uno de los sillones —. Siéntate ahí y no te muevas. Ahora tengo yo la sartén por el mango.

Inexpresivo, Leo Pittston se sentó y miró a Fred.

—Lo tenías todo bien preparado, muchacho. Ha sido una lástima. Pero la cabeza te volará de los hombros algún día.

—¡ Aquí mando yo, Leo! — rugió Fred —. Y te aconsejo que no me irrites. No saldremos jamás de esta nave. Estamos condenados a permanecer aquí el resto de nuestros días. Y no quiero ser esclavo de nadie.

—Te condené con justicia. Y fui benévolo contigo — repuso Leo.

—Yo maté a Raúl. Lo confieso. Pero ¿y las circunstancias? ¿Son las mismas que concurren en otros casos? ¿A qué a venido todo esto? Yo puedo hacerte historia, Leo. Parece que no tienes muy buena memoria.

»¿Qué hacemos aquí? Esto es un pequeño mundo, demasiado cerrado, para mantenerse en equilibrio mental.

»Ocurren fallos porque no somos perfectos. Pero yo no tengo por

qué cargar con todas las culpas. Llevamos aquí más de tres años y sabemos lo que nos aguarda. Irán pasando los años y nos haremos viejos… ¡Es mejor rechazar el pasado! ¡Nuestras vidas son nuestras, y no de un jefe de programación que nos sentencia a prisión a perpetuidad, atados a un reglamento que aborrezco!

»Tengo derecho a vivir mi vida.

—Calla. Me das asco — replicó Leo —. Déjalo así. Está bien.

—No quiero matarte, Leo. Pero si me obligas, lo haré… Te explico mis razones. Quiero que te convenzas de que fuiste injusto al condenarme por un delito del que no soy responsable.

—¿Lo soy yo? —preguntó Pittston.

—Tampoco. No te acuso de eso. Me he rebelado por el trato infamante a que estaba sometido.

—Escucha, Fred —intervine—. Estás cometiendo un error gravísimo. Es preciso respetar el principio de autoridad. Necesitamos un jefe, y ha de ser el más preparado. Tú no estás capacitado para mandar. Es mejor que sueltes a Leo y le devuelvas su arma.

—¡ No, hipócrita! — me gritó Fred, casi escupiéndome al rostro—. ¡Ahora la autoridad soy yo, y tú harás lo que yo mande!

—¡ Imbécil! — exclamó Augusto, que había recobrado el conocimiento e intentaba incorporarse.

—¡No te muevas, Elm! —ordenó Fred, apuntándole con el arma—. No me obligues a matarte.

Karin también levantó su arma, encañonando a Augusto.

—Es mejor encerrarlos en la nevera vacía, Fred.

—Sí, será mejor. Vamos, Leo, ¡al calabozo!

Leo Pittston pareció dudar y creí que iba a negarse. El gesto inflexible del mecánico, presionando el disparador del arma, pero sin llegar a soltar el rayo destructor, le convenció. Se levantó y murmuró:

—Vamos, Augusto. Mientras hay vida, hay esperanza. De todas formas, dentro de unos meses llegaremos a un sistema muy parecido al nuestro… ¡Y hasta puede que haya alguno habitado!

Leo no estaba diciendo ningún disparate. Yo también había estudiado el sistema descubierto por Leo y obtuve resultados, aún no concretos, sobre su semejanza con nuestro propio Sistema. Llegué a más. Confirmé que la estrella enana era, efectivamente, un planeta helado en rotación, situado en órbita en torno a un distante sol, cuya

luz reflejaba.

Había visto, en mi pantalla, otros planetas, y llegué a la conclusión, casi atinada, de que nos encontrábamos a mil millones de kilómetros. Estaba intentando determinar nuestra propia velocidad orbital cuando sonó la alarma y lo dejé todo para acudir a la cabina central, donde me encontré con aquel cuadro.

Fred Aider no creyó en aquello.

—No sueñes, Leo — respondió —. Los mundos habitados quedaron muy atrás... Andando, hacia los frigoríficos.

Salieron y yo atendía a Augusto, siempre bajo la vigilancia del arma de Karin, la cual se mantenía a distancia prudencial.

Restañé la herida de Augusto y le puse una compresa. Cuando terminé regresó Fred, solo.

—Tú también, Augus. Vamos.

—¿Y yo? —pregunté.

—Todavía no tengo nada contra ti, Ana María. Puedes permanecer aquí. Tu comportamiento decidirá tu suerte... ¡Vamos, Augus!

Salieron también y me senté. Karin hizo lo mismo en otro asiento.

—No tengas miedo a Fred —me dijo—. No te hará nada. Se lo hice jurar. Si te toca, le mataré.

Añadí, mirándola:

—Vas a necesitarme pronto, ¿eh?

—Sí. Y tengo miedo.

—No temas. No te abandonaré en ese trance. Todavía conservo mi humanidad. Pero haré lo posible por libertad a Leo y Augusto.

—¿Por qué no te casas con uno de ellos, Ana María?

No contesté. No sabía qué decir.

# Capítulo IV

Karin tuvo una preciosa niña, de ojos grandes, llorona e inquieta, a la que Fred quiso poner el nombre de Estrella.

Yo ayudé en todo y, por fortuna, las cosas salieron bien. Cuando dejé a la madre y la hija en su cabina, Fred me acompañó, como siempre, pistola desintegradora en mano, hasta la cocina, para preparar la comida de los dos prisioneros.

—¿Estás contento, Fred? —le pregunté.

—No debería estarlo —me dijo—. Pero lo estoy. Es una niña muy bonita. Está muy colorada.

—Se pondrá amarilla y luego tomará el color rosado.

—¡Tiene mucho cabello! —Me di cuenta que Fred pretendía demostrar su regocijo, pero la situación anómala en que vivíamos se lo impedía.

—Sí. Lo peor es que carecemos de medios adecuados para atender a un bebé. Será necesario improvisar.

—¡ Haremos lo que sea preciso! — exclamó.

Yo no podía odiar a Fred. Era tan víctima de las circunstancias como cualquiera de nosotros. Se había amotinado contra Pittston y le venció. Su poder era un derecho de conquista, sin paliativo. Pero no se portaba mal con los prisioneros del frigorífico.

Cuando tuve la bandeja preparada, Fred me acompañó hasta la cámara en donde estaban encerrados Augusto y Leo. No corrían ningún peligro allí dentro porque la cámara no funcionaba. Además, tenían aire acondicionado y mantas térmicas y colchones, sobre, los que pasaban el día tendidos.

La recia puerta no podía abrirse desde el interior, y por eso se había utilizado, primero para encerrar a Fred y ahora para encerrar a Leo y Augusto.

Cuando abrí la puerta, Leo se encontraba recostado sobre una estantería. Augusto estaba sentado en el suelo, sujetándose las rodillas. Detrás de mí, Fred se mantenía a prudente distancia.

—Tenemos una nueva tripulante del «Eufax» — les notifiqué, sonriendo.

Augusto se puso en pie de un salto.

—¿Niña?

—Sí. Es muy bonita.

—Te felicito, Fred —dijo Leo, esbozando una sonrisa —. Espero que la paternidad te haga cambiar.

—Gracias, Leo. Pero no puedo cambiar el estado de las cosas. Si me descuido con vosotros me mataréis.

—En eso te equivocas, Fred. No pienso hacerte nada. Déjanos salir de aquí y olvidemos todo lo ocurrido —propuso Leo.

—Lo siento. No me fío. Prefiero seguir mandando, mientras no vayamos a ninguna parte. Me sentiré más seguro.

—¿Podemos ver a la niña, Fred? —pidió Augusto.

—Sí. Mañana Ana María os la traerá.

—Y Karin, ¿cómo se encuentra? —quiso saber Leo.

—Está algo débil, pero todo ha ido perfectamente.

Les dejé la bandeja en el suelo y retrocedí. Antes de cerrar la puerta, dije:

—Hoy no he podido examinar ese sistema, Leo. Pero seguimos siendo atraídos hacia allá, y más aprisa de lo que suponíamos. Sería maravilloso que pudiéramos encontrar un planeta habitable.

Fred cerró la puerta de la cámara frigorífica y me agarró del brazo.

—¿Crees que se podría descender sobre alguno de esos mundos?

— No tenemos mucha energía, pero podríamos intentarlo. Ahora, nos acercamos debido a la atracción. Dentro de algunas semanas seremos captados y orbitaremos en torno a alguno de esos mundos. Llegado ese momento, según el resultado del estudio espectrográfico, podíamos intentar descender o buscar otro planeta que reúna más condiciones. En ese sistema, si mis cálculos no son erróneos, hay ocho o diez planetas girando en torno a un sol de vigésima magnitud.

Fred no me respondió. Regresó conmigo a la cabina de Karin, donde verifiqué que todo estaba en orden, y luego me acompañó a mi propia cabina, donde me encerró como siempre, para regresar él con su mujer.

Entonces, durante dos horas, yo me dediqué a computar los datos astronómicos que poseía. Conecté el estereovisor auxiliar y enfoqué hacia el mundo blanco que tanto llamaba mi atención.

Después de una serie de medidas interferométricas, corregí los pequeños errores de días anteriores, y llegué a la conclusión que el planeta blanco tenía un diámetro aproximado al de nuestra Tierra.

Su coloración podía ser debida al hielo, y cada vez me afirmaba

más en mi creencia. La temperatura obtenida, a consecuencia del cálculo, era de unos cuarenta grados bajo cero en su ecuador, y de ciento veinte en ambos polos.

También pude apreciar rugosidades de la corteza helada, que debían ser montañas, algunas de considerable altura.

Al fin, sentí que se me cerraban los ojos y me acosté sin desvestirme.

* * *

Me despertó Fred. Había abierto mi cabina y me necesitaba para llevar el desayuno a los prisioneros.

—Estrella se ha pasado la noche llorando —me dijo, con enojo.

Sonreí.

—Tendrás que acostumbrarte a ello.

—¿No podríamos meterla en la cabina de Raúl?

—No debes separarla de la madre. Hoy veremos lo que se puede hacer.

Salí con él y fui a ver a Karin. La atendí, a solas. Necesitaba mis cuidados.

—He pasado muy mala noche, Ana María —me confesó—. Pero Fred se ha portado muy solícito.

—Deberías convencerle para que dejase salir a Leo y Augusto.

—Les teme. Dice que si les saca, aprovecharán la oportunidad para matarle.

—No lo harán. Ellos son más inteligentes que Fred y saben que nos necesitamos todos. Es cruel tenerlos encerrados de ese modo.

—Ya lo sé. Pero... ¿qué puedo hacer? Ahora sólo me interesa mi hijita. Pronto podré levantarme y atenderla yo. Además, ¿qué importancia puede tener que estén en la cámara frigorífica o puedan moverse por la nave?

—Mucha, Karin. De la libertad al cautiverio hay mucho...

—Todos estamos presos aquí dentro.

—Pero ellos están más. Leo me dijo que no harían nada a Fred.

—¡Pero reinará la desconfianza! Y eso enloquecería a Fred, haciéndole cometer cualquier disparate.

—¿Por qué no buscamos un término medio de reconciliación?

Podrían inutilizarse las armas.

—Ellos son dos.

—¿Y si prometen solemnemente no hacerle nada ni tomar represalias? —propuse, afanándome en buscar un medio de conciliación.

—Díselo a Fred. Tal vez...

Fred dijo tajantemente:

—No. Permanecerán encerrados allí mientras dure este viaje.

—Puede durar toda la vida — protesté.

—Lo siento por ellos. No quiero correr riesgos. Mi vida vale tanto como la de ellos.

Insistí, pero el resultado fue el mismo. Fred se encerró en su actitud y los prisioneros continuaron dentro del frigorífico. Tampoco sirvieron de nada las promesas que hizo el mayor Pittston de no tomar represalia contra Fred si les dejaba salir.

Lo más que hizo el mecánico fue permitirme que llevase a Estrella al frigorífico, para que la conocieran Leo y Augusto. Para ello pasamos Karin y yo toda la noche haciéndole ropita, con prendas nuevas del almacén, que arreglamos, cortamos y unimos con «plastex».

Karin no se había levantado aún, pero se incorporaba en el lecho. Así, yo me encargué de llevar el bebé a los dos cautivos, vigilada por Fred.

Abrí la puerta de la cámara y levanté a Estrella en lo alto.

—Miradla —exclamé—, es la primera criatura humana nacida fuera nuestra Galaxia. ¿No es maravillosa?

Leo Pittston y Augusto se acercaron a mí y acariciaron a la niña.

—¡ Déjamela, Ana María! — suplicó Leo.

Se la di, observando, afuera, la expresión complacida de Fred. Pero al tomar el bebé, Leo me empujó y, con Estrella en sus manos, se dirigió a la puerta.

—¿Por qué no disparas, Fred? —preguntó con voz tensa.

—¡ No! — chillé yo:

Augusto me sujetó, siseando:

—Déjale. Sabe lo que se hace.

Fred, en el pasillo, retrocedió hasta tocar con la espalda en el

muro.

—Devuelve la niña a Ana María, Leo... ¡Hazlo, por tu salvación! —exigió Fred, torcido el gesto, demudado y trémulo.

—Quiero salir de este encierro, Fred Aider. Y lo haré — Leo Pittston avanzaba despacio, con el bebé en brazos.

—¡Quieto ahí! —rugió Fred, alargando el arma.

De haber disparado, Leo y el bebé habrían muerto,

y posiblemente también Augusto y yo. El interior de la cámara no tenía más de cuatro metros cuadrados.

—¡ Por Dios, Leo! — grité de nuevo, angustiada.

No me hizo caso y continuó avanzando hacia Fred.

Cerré los ojos. Creí que Fred iba a disparar. Pero no lo hizo. Leo llegó hasta él y, sin tocar el arma que tenía delante del rostro, tendió la niña a su padre.

—Toma, estúpido. Sólo quería demostrarte que puedes tener confianza en la palabra de un hombre que tiene más experiencia que tú. Quédate el arma y cómetela si quieres.

»Sólo deseo salir de esta cámara. Ya estoy afuera. Si quieres hacerme entrar ahí, tendrás que matarme.

Fred tomó a Estrella con la mano izquierda y retrocedió, como asustado. Luego, dio media vuelta y se alejó corriendo por el pasillo circular, para ir a esconderse en su cabina.

Nos dejó solos y con la puerta abierta.

Augusto me abrazó entonces con fuerza, mientras que Leo se acercaba a nosotros, diciendo:

—Lo hemos conseguido, Augus. Te dije que no fallaría. Conozco bien a Fred. Es capaz de matar a cualquiera, menos a su propia hija... ¡Y voto a mil cuernos que esa niña es bonita! ¡Poco he de valer yo si no consigo hacerla volver a la Tierra!

—¿Volver a la Tierra?

—¡ Naturalmente! Pese a lo que haya ocurrido aquí, tiene derecho a ser inscrita como la primera criatura nacida en el espacio, lejos de nuestro mundo. Eso es un privilegio inapreciable. Debe ser registrada como miembro de la Humanidad y tiene derecho a la instrucción pública.

—¡Sueñas, Leo! —replicó Augusto, que ahora me tenía agarrada de

los hombros, sin soltarme, como dando a entender a Leo que yo le pertenecía—. No podemos volver a La Tierra. Carecemos de energía.

—¡ La encontraremos!

—Si lo conseguimos, nuestro, deber es continuar hacia nuestro destino — replicó Augusto.

—De eso ya hablaremos. Ahora, estamos libres y hemos de preocuparnos de ese mundo blanco al que nos estamos acercando. Vamos a la cabina de dirección.

»Seguiremos viviendo como si nada hubiese ocurrido. A la hora de comer visitaremos a Karin.

* * *

No volvió a ocurrir ningún nuevo incidente a bordo. Al principio, Fred se mantenía alejado de Leo y Augusto. Llevaba el arma enfundada y había ocultado, nadie sabía dónde, ni nos preocupamos de averiguarlo, las restantes armas que tomó del armario arsenal de Pittston. Seguramente debía tenerlas en algún rincón de la sala de máquinas.

Pero, como había dicho Leo, nadie quería buscar nuevas razones y Fred se mantenía apartado. El servicio lo hacíamos entre todos, incluyendo a Leo — que antes había estado disculpado de labores «domésticas», debido a su grado—. Los primeros días, Fred se arreglaba como podía. Luego, me pidió que le dejase hacer su turno laboral. Yo accedí, para limar asperezas, y Leo no dijo nada cuando Fred se presentó a servir la mesa.

Cuando Karin se levantó, acudió también a la cabina de descanso, un tanto nerviosa. Traía a Estrella en brazos y nos miró con cierto temor.

Augusto, atento, se levantó y le ofreció su asiento.

— Gracias, Augus —musitó ella.

No hubo más comentarios. Parecíamos una familia que hubiese hecho las paces y se reintegraba al seno hogareño con todos sus miembros.

Lo más penoso era que subsistía el hecho de que Fred Aider era un asesino. Y esto, aunque todos quisiéramos olvidarlo, no lo lográbamos. El equilibrio se había roto y ya nada podría componerlo jamás. Fred no podía ser nunca como uno de nosotros.

* * *

Poco a poco nos fuimos familiarizando con el planeta blanco, al

que cada día veíamos con mayor perfección. Leo fue quien descubrió las grietas.

A mí me correspondió el honor de ver el primer galápago. Aunque, en realidad, y en honor a la verdad, debo decir que no vi nada. Sólo un punto sobre la nieve helada. ¡Pero estaba segura de que se movía!

Me dirigí al puente, donde existía una pantalla estereovisora de mayor tamaño, para poder examinarlo mejor. Cuando llegué allí, sin embargo, mi punto negro había desaparecido.

Leo y Augusto se burlaron de mí. Habían hecho cálculos y preparaban un programa para desviarse del mundo blanco hacia el que nos acercábamos, y buscar otro, dentro de aquel mismo sistema, que fuese más propicio para nuestra morfología. No nos seducía la idea de aterrizar entre montañas de hielo.

—¡ Os digo que he visto algo moviéndose cerca de esta fisura! —insistí, señalando un punto de la pantalla.

—Aquí no hay moscas, Ana María —me dijo Augusto —. Por lo tanto ha sido cosa de tu imaginación.

—¡Este planeta está habitado! —volví a repetir.

—Lo dudo mucho. No es posible concebir vida en esas condiciones tan adversas. El frío aletarga... ¡ Y ese mundo está cubierto de un manto de hielo!

—Pero posee una atmósfera de características similares a la nuestra... ¡Una gravedad igual a la de La Tierra!

—Y los días del planeta blanco son de cuarenta y dos horas —añadió Leo —. Imagínate una noche a ciento veinte grados de temperatura.

—¡Tenemos ropas térmicas!

—No, Ana María. Debe de existir otro mundo en mejores condiciones. Lo buscaremos. Estamos en un sistema solar. El cálculo nos demuestra que hay otros planetas. Si gastamos nuestra energía descendiendo a ese mundo helado, no podremos salir jamás de ahí.

Comprendí las razones de Pittston y no tuve más remedio que admitirlas. Él era razonable y positivo. Yo estaba influida por el punto negro móvil, que no sabía a qué atribuir.

Podía tratarse de un fallo del tubo catódico de mi pantalla, por si se volvía a producir el fenómeno. Resultaba que continuábamos atraídos hacia el planeta blanco y que pronto íbamos a empezar a circunvalarlo, convertidos en satélite. Para entonces, Leo y Augusto

pensaban poner en marcha el único núcleo de energía que nos quedaba, para escapar de la atracción de aquel planeta.

Necesitábamos la ayuda de Fred y yo me cuidé de preguntarle si quería ayudarnos. Su respuesta había sido afirmativa. El mecánico se mostraba cada vez más colaborador.

Pero una semana después volví a ver junto a otra grieta del planeta dos nuevos reptiles. Y sin moverme de mi cabina, llamé a Leo y Augusto por el interfono:

—¿Tenéis la pantalla enfocada hacia «Albor»? — pregunté, utilizando el nombre que Pittston había puesto al planeta blanco.

—Sí, ¿qué ocurre? —me preguntó Augusto.

—Mirad bien en la parte inferior izquierda, junto a la fisura en forma de rayo. ¿Qué veis?

No me contestaron. Hube de cerrar mis aparatos e ir a reunirme con ellos en la cabina de dirección, donde Augusto estaba tomando una grabación de la imagen, para ampliar, dado que la pantalla estereovisora había sido ampliada al máximo y mi descubrimiento continuaba siendo algo más que un par de puntos móviles, sobre la superficie blanca de «Albor».

—Desde luego, no cabe duda de que tenías razón — admitió Leo —. Pero, ¿qué es eso?

—Algo que se mueve, ser racional o animal, y su mundo es ese — dije.

—Indiscutiblemente, en la Antártida terrestre se vive con normalidad — empezó a decir Augusto.

—¡Y también se puede vivir ahí! —insistí.

—Es prematuro para hacer conjeturas, Ana María — me atajó Leo —. Primero revelaremos esa película. Luego, la ampliaremos. Después...

La impaciencia nos consumía. Karin llegó a la cabina de dirección con su bebé en brazos. Poco después acudió también Fred, quien se quedó a un lado, observando nuestro trabajo, sin decir nada.

Y observé que ya no llevaba al cinto la funda de la pistola desintegradora. Era evidente que se habían disipado sus recelos.

No le hicimos caso. Nos interesaba profundamente ver cuanto antes la filmación aumentada de los puntos móviles descubiertos por mí. Y para saciar nuestra curiosidad, ayudamos a Augusto a terminar antes. Gracias al automatismo de la máquina filmadora, en menos de

diez minutos tuvimos la película preparada. Entonces, Leo se cuidó de proyectar la imagen, aumentada unas diez mil veces, y apagó la luz de la cabina.

En la pantalla, pudimos ver algo parecido a dos tortugas, sin cabeza ni extremidades, que se movían sobre el hielo áspero.

—¡Parecen galápagos! —exclamó Pittston.

—¡ Y de gran tamaño! — coreó Augusto.

—¿Cómo se mueven?

—Deben de llevar patas bajo el caparazón —dije—. La fotografía está tomada desde arriba... ¡Y es exactamente como la coraza de una tortuga, aunque de color gris!

—Da la sensación de una singular coraza metálica — comentó Augusto.

La filmación se acabó y todos volvimos a la pantalla estereovisora, con ánimo de seguir contemplando los movimientos de los curiosos galápagos. Pero sufrimos una decepción, porque ya no aparecían en la pantalla.

¡Habían desaparecido!

—Han debido meterse en esa grieta —dije, señalando la fisura en zigzag, que había junto al lugar donde descubriéramos a los galápagos.

—No es improbable. Puede tratarse de animales subterráneos —admitió Pittston, perplejo —. De todas formas, no creo que este descubrimiento deba influir para nosotros y no debemos agotar la escasa energía que nos queda para ver de cerca a unos animales extraños.

—¿Estás seguro de que son animales, Leo? — pregunté.

—¿Qué otra cosa pueden ser? Se mueven como las tortugas...

El mayor Pittston se detuvo bruscamente, mirándome como captando por vez primera el alcance de mi pregunta.

—¿Crees que pueden ser seres racionales? —inquirió.

—No he dicho tanto —repliqué—. Por un momento había llegado a imaginar que podía tratarse de alguna especie de vehículo, capaz de moverse sobre el hielo.

Mi sugerencia dejó estupefactos a todos, al deducir las consecuencias que implicaban mis palabras. ¡Vehículo! ¡Seres racionales! ¡Civilización y ciencia! ¡Máquinas!

—Vuelve a proyectar la grabación, Augus —pidió Leo, muy serio.

Se repitió la filmación y los galápagos fueron examinados de nuevo, bajo el prisma de mi descabellada sugerencia. Confieso que hablé por hablar. No tenía motivo alguno para decir lo que había dicho, dado que la impresión que me causó aquella visión fue la misma que la causada a mis compañeros.

Sin embargo, tras un detenido examen de los planos ampliados, Leo Pittston comentó:

—Sí, podían ser vehículos. Creo que será mejor descender sobre «Albor» y salir de dudas.

—¡No! — exclamó entonces Fred —. ¡No permitiré que bajemos a ese mundo blanco!

Diciendo esto, retrocedió y salió de la cabina.

— ¡Ha ido en busca de las armas! —exclamó Karin, abrazando instintivamente a Estrella.

Demudada, vi como Leo y Augusto cambiaban una significativa mirada.

—Déjale —dijo el jefe—. Aislaremos la cabina de vuelo. Desde aquí, controlamos la nave.

—Puede destruir el núcleo de energía —expresó Augusto, con cierto temor.

—No lo hará... ¡Por la niña! No os preocupéis.

Existía un circuito electrónico de seguridad, para accidentes, que cerraba herméticamente la cabina de dirección. Leo Pittston pulsó los mandos y cuando regresó Fred, minutos después, se encontró cerrado el paso.

Su voz llegó hasta nosotros por medio del intercomunicador.

—¡Os doy un minuto para abrir la puerta y salir de ahí! — rugió —. Estoy armado y puedo desintegrar la entrada.

—No lo hagas, Fred. No tiene objetivo. Karin y tu hija están aquí.

—¡ Dejadlas salir, cobardes! ¡ No es de hombres escudarse detrás de una mujer y una niña!

—Nadie se escuda, Fred —contestó Leo—. Solamente he decidido descender sobre «Albor» y efectuar un reconocimiento.

—¡ No lo permitiré!

—¿Por qué?

—Demasiado conoces mis razones... Antes de morir yo, soy capaz de mataros a todos.

—Nadie tiene intención de hacerte daño, Fred — intervino Karin, asustada, más por su hija que por ella.

—¿Es que no te das cuenta, Karin? —gritó Fred, vibrante y trémula la voz—. Esta nave no puede ir a ningún mundo civilizado. Mientras dure el viaje a través del Cosmos, yo estaré seguro.

—En caso de que «Albor» esté civilizado, las leyes que ahí rijan no serán como las nuestras —replicó Augusto—. No tienes por qué someterte a ellas.

—¡Debo impedir, por todos los medios, que el «Eufax» pueda regresar a La Tierra! Salimos de allá para vivir siempre aquí dentro.

Ese es nuestro destino. Todo lo que tienda a modificar esta situación debo rechazarlo totalmente… ¡Y puedo hacerlo!

—En eso te equivocas, Fred. Nada puedes hacer. Seguiremos hacia ese planeta y nos posaremos sobre su superficie. Nos queda suficiente energía para hacerlo.

—¡Yo os lo impediré! Salid inmediatamente o disparo.

—Estoy detrás de la puerta, Fred — dijo Karin, situándose donde decía, firmemente—. Y tengo la niña en brazos. Piensa lo que haces.

—¡Tú no puedes traicionarme, Karin! Recuerda la promesa qué me hiciste.

—Estoy al lado de la razón. Te quiero, Fred, y lo sabes. Pero también quiero a mi hija y deseo una existencia mejor para ella. Mátanos, si es tu deseo. Pero necesito aprovechar todas las oportunidades que tenga de sacar a mi hija de esto. Y «Albor» puede ser nuestra oportunidad.

—¿Y vas a permitir que sea ejecutado?

Todos miramos a Karin. Las lágrimas afluían a sus ojos. La tensión era enorme, intensa y dramática. La joven radiotelegrafista terminó por decir:

—Tú no corres peligro, Fred. Puedes escapar… ¡Es la niña la que importa ahora!

Fuera, Fred debía estar debatiéndose en un caos de dudas y contradicciones. Hubo una prolongada pausa, en la que ninguno nos atrevíamos a despegar los labios, y, al fin, de nuevo habló Fred.

—Está bien. No abrir, si no queréis. Ya saldréis por vuestra propia voluntad. Necesitaréis alimentos. Yo no dispararé contra mi hija… ¡Pero os obligaré a desistir de esa idea!

—Eres obstinado, Fred — replicó Pittston —. No te haremos nada, ni aquí ni en «Albor». Posiblemente, no exista nada de lo que deseamos y suponemos. Todo tendrá una explicación distinta a la que imaginamos.

»Pero aunque existiera una civilización avanzadísima bajo esa corteza de hielo, tu situación seguirá siendo la misma. Es la justicia terrestre la única que puede, serte aplicada. Y yo cuidaré que así sea.

—¡Pero si hay civilización y ciencia, habrá algún medio para regresar a La Tierra! —insistió Fred.

—Lo dudo — habló Leo —. Todo es muy hipotético. Lo único que pretendemos es establecer contacto con «eso», sea lo que sea. Puede

ser importante. De todas formas, «ellos» no deben inmiscuirse en nuestra ley.

»Pero haces mal en aventurar suposiciones. Puede que no sea nada de lo que suponemos y entonces todo seguirá igual que hasta ahora, lo cual no sé qué es peor.

Era una situación difícil. Fred Aider se mostraba irreductible.

Sin embargo, habría de ser él quien terminase por claudicar, horas más tarde, cuando a través del intercomunicador le llegó el llanto de Estrella.

—¿Qué le ocurre a la niña?

—Tiene hambre, Fred —contestó Leo Pittston, intencionadamente —. Hay que darle su comida.

—¡Que salga Karin!

—No saldré, si no depones tu actitud, Fred — contestó la joven polaca—. Todos tenemos derecho a vivir, incluso yo, aunque mi interés no cuente para nada.

—¡Condenado me vea! ¡Está bien! ¡Podéis salir y hacer lo que os venga en gana!

—Para la seguridad de todos, sería mejor que nos entregases las armas, Fred. Así evitaríamos nuevos incidentes.

—¡Nunca!

—Te doy mi palabra de honor de no tomar ninguna medida contra ti —insistió Leo.

—¡Debo impedir todo acto que pueda llevarme a la muerte! ¡Estoy en mi derecho a defenderme! ¡Y vosotros queréis regresar a La Tierra!

—¡Qué cobarde eres! — no pude por menos que exclamar—. Sólo te preocupas de ti, y a los demás que nos parta un rayo. Piensa en tu hija. Has de desear una vida mejor para ella.

»Después de todo, tú fuiste el que mató a Raúl. Nosotros no hacemos más que protegernos de ti. Y también tenemos nuestros derechos… ¿Es justo que para evitar tu sentencia nos sacrifiques a nosotros?

—¡Si no hubiera matado a Raúl, él me habría matado a mí! —gritó Fred —. ¡Eso es lo que no queréis comprender ninguno de vosotros! ¡Él me atacó primero!

—¡Mientes! —vociferó Leo—. Dile que miente, Karin.

La aludida bajó la cabeza.

Entonces comprendí, como si una voz misteriosa me lo hubiese comunicado, que en la muerte de Raúl Lacaune había ocurrido algo que nadie se había atrevido a confesar… ¡Allí existía un terrible secreto! ¡Algo que había tenido lugar delante de nuestros ojos y nadie se había dado cuenta!

* * *

Fred terminó por depositar todas las armas ante la entrada de la cabina. Se utilizó una porción de energía y se puso en funcionamiento el sistema de comunicaciones interiores. La escalera automática funcionó y se conectó la estación transmisora. Con esto pudo abrirse también el circuito visor interior, y pudimos comprobar que, efectivamente, las armas desintegradoras estaban ante la puerta de la cabina de dirección. Fred nos las entregaba todas.

Leo abrió la puerta y se hizo con las armas. Luego, desconectó la energía y todo volvió a quedar como antes, reservándose aquel precioso y vital elemento nuclear que tanta falta podía hacernos en el futuro.

Una vez guardadas las armas, Leo llamó a Fred, haciéndole acudir a la cabina de dirección.

— No hablemos más de lo sucedido, Fred. Haremos lo que creamos mejor en beneficio de todos. Soy el responsable de todos vosotros y quiero ser justo.

»Me parece conveniente que exploremos ese planeta, al que llegaremos dentro de un mes. Utilizaremos la energía para descender. Si no hallamos nada de interés, creo que podremos aún emplear el resto en un intento de escape de la fuerza de atracción de «Albor». Hay esa posibilidad, debido a que las características de ese planeta son similares a las de La Tierra.

»Si, por el contrario, fracasamos, ¡mala suerte! Ése es mi propósito. Así pienso y así piensan también los demás. El beneficio de todos ha de ser ley aquí dentro.

»En cuanto a tu caso particular, debes saber que mi sentencia puede ser revocada por un tribunal. Incluso, pueden aportarse nuevos elementos de juicio que te favorezcan. Yo me ceñí a los hechos: Raúl estaba muerto tú le habías matado.

»Tengo motivos para sospechar que existe algo que nadie ha confesado. La situación ha cambiado mucho y no estoy en condiciones de profundizar más.

»He admitido el fracaso total del «Proyecto 1-CGTM-93», el cual es imposible realizar. Por lo tanto, mi deber es buscar los medios para reparar la nave de suerte que podamos regresar a La Tierra. Si la reparación fuese tan completa que permitiera alentar nuevas esperanzas, yo sería el primero de continuar el proyecto, reanudándolo donde lo dejamos. La misión científica que nos han encomendado es mucho más importante que todos nosotros, incluso que el nacimiento de Estrella.

»Busco, por todos los medios, reducir los males que puedan sobrevenirnos. Y, entre todos, me quedo con el más leve. Espero que me hayas comprendido, Fred.

—Sí —admitió el mecánico—, te he comprendido perfectamente y creo que es mejor ponerme de nuevo, a tus órdenes.

—Gracias, Fred. No esperaba menos de ti. Ahora, vuelve a tu puesto. Creo que tienes mucho trabajo en la sala de máquinas. Deberías intentar reparar todo el daño que hiciste. Quizá nos haga falta tenerlo todo a punto.

—Sí, lo haré — contestó Fred, dando media vuelta y saliendo.

Respiré aliviada. La tensión se había aflojado. Ahora, la vida a bordo del «Eufax» podía transcurrir por cauces más soportables.

Pero quedaba otro problema, y éste me atañía a mí personalmente.

Empezaba a darme cuenta de algo muy sorprendente. Mi admiración por Leo Pittston iba en aumento, mientras que el trato cordial y cariñoso, casi tierno, de Augusto, cosa que en otro tiempo me habría parecido maravilloso, ahora me producía inquietud.

Incluso llegué a preguntarme a qué se debía aquella desazón mía, aquel nerviosismo, la intranquilidad que me dominaba casi a todas horas, y que, incluso, me hacía despertarme en el lecho con una sensación de angustia que antes no había sentido.

No tardé en averiguar la verdad. Y no me sorprendió. Me tengo por una mujer razonable, lógica y, hasta cierto punto, fría.

Comprendí que la atracción que Augusto siempre había ejercido sobre mí se había eclipsado, como se apaga la llama de un fuego no alimentado. Si Augusto me hubiese declarado su amor en alguna ocasión, hubiese sido dichosa. No lo hizo, quizás por mantenerse dentro de una estricta disciplina, y yo tampoco hice nada por rebelarle.

En cambio, un nuevo ídolo ocupaba ya mi corazón, donde se había formado de modo férreo, indeleble y profundo.

¡Llegué al convencimiento de que amaba a Leo Pittston, pese a la diferencia que existía entre él y yo!

* * *

En veintiocho días llegamos a situarnos en órbita en torno a «Albor», aproximadamente a cuatrocientos kilómetros de altitud en el perihelio y unos seiscientos en el afelio. Desde estas distancias, y con ayuda de nuestras cámaras telescópicas de gran precisión, que podían además, ser interpoladas en los objetivos de las cámaras de estereovisión, podíamos contemplar el suelo del planeta con toda claridad y distinguir perfectamente los objetos más insignificantes.

Era un planeta maravillosamente bello, casi totalmente cubierto de hielo, salvo en aquellos lugares donde aludes o avalanchas habían descubierto las agujas de las montañas, y que eran de un color pardo oscuro, como la tierra carbonífera.

Y también descubrimos nuevos galápagos. Los vimos salir de las grietas, como si fuesen reptiles, arrastrándose sobre la nieve. Pudimos apreciar que disponían de cuatro «patas» cortas que las accionaban rápidamente, mientras arrastraban el «vientre» sobre la nieve, al modo como hacen los cuadrúpedos. Pero el estudio de aquel movimiento extraño, realizado por medio de grabaciones, nos sumió aún más en la perplejidad.

Las grietas del suelo eran verticales en su mayoría. Y los galápagos subían por sus paredes heladas como si anduviesen sobre una superficie plana, cosa que no parecía tener sentido, a menos que fuesen cuerpos sin peso.

— Todos esos misterios no los descubriremos hasta que descendamos —me dijo Leo un día, cuando circunvalábamos «Albor» bajo la luz del sol.

Otro hecho sorprendente era el de que la atmósfera de «Albor», según pude comprobar sin lugar a dudas, era respirable para nosotros. Algo cargada de oxígeno, pero dentro de los límites soportables por nuestro organismo. Esto significaba que podíamos descender sin necesidad de escafandras de vacío.

Presión barométrica, atmósfera y agua en forma de hielo. ¿Qué más podíamos pedir? Disponíamos de ropas adecuadas para combatir el frío reinante. Calculamos que «Albor» podía estar atravesando un período glaciar y a ello se debía su invasión de hielo.

Al fin, efectuadas todas las comprobaciones racionales, decidimos descender, y para ello elegimos un punto en donde habíamos visto más abundancia de galápagos, como seguíamos llamando a nuestros

extraños y curiosos habitantes de «Albor», pues no descubrimos ningún otro tipo de ser. Y lo desconcertante de los galápagos era su semejanza. Todos eran enteramente iguales, del mismo color y forma. No había manera de diferenciarlos unos de otros. Por esto ignorábamos sí existían muchos de aquellos galápagos o eran sólo una docena que se repetían, apareciendo ante nuestros ojos todos los días.

Fueron momentos de gran tensión para todos, cuando conectamos el núcleo de energía de reserva y pusimos en marcha todos los dispositivos de aterrizaje, penetrando en la atmósfera de «Albor» y reduciendo velocidad de caída.

Leo y Augusto realizaron una maniobra perfecta. Supervisé todos sus movimientos y no cometieron ni un error. Conocían su trabajo y supieron aprovechar todas las ventajas favorables, lo que nos proporcionó un ahorro de un treinta por ciento de energía, cosa que también era importante por si teníamos que despegar a toda prisa.

Los últimos instantes fueron los más difíciles. Ignorábamos si la corteza de hielo elegida para posarnos era lo suficiente fuerte para resistir el peso del «Eufax», que era de veintidós mil toneladas. Habíamos elegido una superficie plana, situada entre varias fisuras, porque allí vimos varios galápagos «paseando».

En el momento de iniciar el descenso, cerca de la grieta mayor, había seis de aquellos animales extraños. Pero nuestra presencia debió de amedrentarlos, porque desaparecieron inmediatamente dentro de las grietas más próximas, y ya no asomaron más.

Pudimos, pues, tomar suelo sin dificultad y parar máquinas, porque el terreno resistió perfectamente nuestro peso, afianzando las ocho «patas» del «Eufax» al terreno.

—Listo —exclamó Leo cuando terminó la maniobra—. Ya estamos en «Albor». Teniente Elm, tú y la señorita Minaya efectuaréis el primer reconocimiento del terreno.

—Sí, señor —contestó Augusto, recobrando su actitud militar ante la orden del superior.

Fuimos a nuestras cabinas y nos equipamos con los trajes termostáticos, colocándonos escafandras para protegernos del frío exterior, que sabíamos era mucho. En pocos minutos, equipados y armados, nos disponíamos a abrir la compuerta que había permanecido cerrada durante tres años y medio.

Fue aquel un momento muy emocionante al que asistieron todos los tripulantes del «Eufax». Allí estaba, incluso, Estrella, en brazos de su madre.

—No corráis riesgos innecesarios —nos dijo Leo—. Os estaremos observando, pero utilizar la radio y explicarnos todas las impresiones que tengáis. Afianzar bien un pie antes de mover el otro y no os separéis por nada del mundo. Sólo podéis llegar hasta el filo de la grieta más próxima.

—Sí, mayor Pittston —dije, emocionada.

Fred nos ayudó a ponernos las raquetas en los pies y sujetó la cuerda de nilón que impedía separarnos, amarrándola a las anillas de nuestros cintos.

Pusimos las radios en marcha mientras Leo accionaba el circuito que abría la compuerta intermedia y que daba paso a la cámara de salida.

No fue preciso regular la presión, por ser casi igual dentro de la nave que fuera. Entramos en la cámara y la puerta se cerró. Una vez hubo ajustado herméticamente, se abrió la exterior, por cuya mirilla circular habíamos estado mirando directamente el paisaje exterior, blanco y maravilloso.

Al abrirse la compuerta exterior, descendió la rampa. Augusto avanzó primero, con paso inseguro. Yo le seguí, recogiendo la cuerda que nos unía, para evitar enredarme en ella con las raquetas.

Y luego pisamos la nieve, que era dura, seca y fría. Pese al traje termostático, sentí un estremecimiento de frío y me apresuré a dar más calor a las resistencias que accionaban mi batería situada en la espalda.

—¡Hace un frío espantoso! —me dijo Augusto.

—Sesenta y seis grados, exactamente —me llegó la voz de Leo, a través de los auriculares—. ¿Qué tal se camina sobre el hielo?

—Bien. El suelo es duro.

Augusto iba delante de mí y se movía con cautela, pero seguro de sí mismo. Yo le seguí. Estaba emocionada por encontrarme en un mundo donde éramos los primeros seres humanos que tomaban tierra.

—Hay huellas de los galápagos —dijo Augusto, señalando el suelo.

—No intentéis hacerles nada si aparecen. Limitaros a mirarlos para que se familiaricen con vosotros.

Esta recomendación ya nos la había hecho Leo anteriormente. Ahora nos la repitió por si la habíamos olvidado. Y en verdad que yo no pensaba en nada más que en ver de cerca a alguno de aquellos galápagos sin cabeza.

—Me parece estar en algún paraje alpino, durante el invierno —comentó Augusto—. Tengo la sensación de hallarme en La Tierra.

—Yo también — dije.

—Lo que me asombra es la ausencia de nubes. En este mundo no parece existir viento —continuó diciendo Augusto—. Así, no entiendo cómo nieva.

—Sospecho que estas nieves son perpetuas — contesté yo—. Y hasta parece como si fuese agua cristalizada.

Existían allí demasiados misterios que no podíamos descifrar aún, y sólo podíamos dar rienda suelta a nuestra imaginación. Yo había soñado con algo así desde niña y de ahí mi afición a los viajes interplanetarios. Ahora que, por vez primera, pisaba el suelo de un planeta extraño ni siquiera tuve en cuenta que era una mujer de ciencia y que había sido preparada para justificar científicamente cuanto veía.

Pero, me preguntaba, ¿cómo interpretar todo cuanto veíamos, si no existía razón lógica para que fuese así?

—Nos estamos acercando a la fisura, Leo habló Augusto—. Es mejor que te apartes de mí, Ana María. Yo me acercaré a examinar el fondo. El terreno puede ceder y…

—Entonces es mejor que lo haga yo. Tú eres más fuerte y puedes retenerme con la cuerda, si resbalo.

—Haz lo que dice Ana María, Augus — dijo la voz de Pittston.

—¡Tened cuidado, por el amor de Dios! —nos recomendó también Karin Lakin.

Augusto se detuvo y me indicó que fuese delante de él. Sonreí y le pasé, acercándome a la fisura en el hielo. El cable de nilón que nos unía era fuerte. De haber resbalado y caído, Augusto habría tirado de mí.

Mis piernas parecían temblar cuando me acerqué al filo de la grieta. Alargué la cabeza y miré abajo.

—¡Augusto! —grité.

¡Ante mí se movía, ascendiendo por la pared vertical, uno de los galápagos!

Y, en su parte delantera, vi dos destellos verdes, como rayos de luz, que ascendían hacia mí.

Augusto tiró de la cuerda y me derribó.

El galápago apareció ante mí, surgiendo de la fisura.

El pánico que me entró hizo erizarse mis cabellos. Y no porque fuese algo horrible, sino porque aquello no era ningún animal, como habíamos creído… ¡Era una extraña máquina metálica!

## Capítulo VI

Aquel objeto se detuvo a un metro de distancia del lugar donde yo estaba, tendida sobre la nieve. Quise moverme y no pude. Sólo escuchaba la voz apremiante del mayor Pittston llamándome.

—¡Ana María! ¿Qué ocurre? ¡Habla, por el amor de Dios! ¿Qué es lo que pasa?

Augusto, a seis metros de mí, también se encontraba inmovilizado y mudo, como yo. No podía decir lo que me estaba sucediendo. Sólo veía los dos focos de luz verde, fijos en mí.

Mis miembros no me obedecían. El tirón de la cuerda, dado por Augusto, me derribó. Ahora me sentía incapaz de levantarme. Y me costó mucho darme cuenta de que carecía de fuerza de voluntad.

¡Estaba dominada por la «luz» que surgía del galápago metálico!

Luego, junto al primero, apareció otro de aquellos objetos, y después un tercero. Todos se situaron en torno a mí, como examinándome con la luz verdosa de sus focos.

Creo que habían más en torno a donde se encontraba Augusto.

—¡ Por el Arcón Sagrado, Ana María! ¿No puedes hablar? —llegó hasta mí la voz desesperada de Pittston.

Ni siquiera podía mover los labios. Sólo veía y pensaba. Pero la fuerza hipnótica de aquella luz me había paralizado totalmente. No podía contestar a la llamada de mi jefe.

—¡Debéis sobreponeros! ¡Haced algo!

Yo era incapaz de hacer nada, y menos de contestar. Suponía que Pittston debía de estar viéndonos a través de la pantalla estereovisora. Y debía comprender que nos habían imposibilitado por medio de algún poder extraño.

Yo sentía asombro ante todo aquello. Pero mi parálisis no era fruto del estupor, sino de una fuerza exterior que me dominaba, sin sufrimiento físico, sin dolor, sin sentirlo siquiera.

Y, de pronto, como por obra de magia, me sentí izada en el aire. Nadie me tocó. Sólo me miraban aquellas máquinas. ¡Y me separé del suelo, quedando flotando en el aire, horizontalmente!

Cuando giré, lentamente, vi que Augusto se encontraba en idéntica postura a la mía, también flotando a unos veinte centímetros del suelo.

—¡Virgen santísima! ¿Qué es esto? —oí decir a Pittston, a través

de la radio.

—¡Están en estado de ingravidez! —exclamó Fred Aider.

Comprendía su asombro. No era para menos.

La fuerza oculta que me había inmovilizado y suspendido, se cuidó también de moverme. No sentí nada, excepto que me acercaba a la grieta y empezaba a descender. La fisura del terreno me engulló. Descendí entre aquellas paredes heladas y, poco a poco, fui sintiendo aumento de calor en mi cuerpo.

La grieta tendría unos seis metros de anchura y no era muy profunda. Calculé que debía tener unos doce metros de hondo, a juzgar por la altura de las paredes, cuando se detuvo mi descenso.

Y, a la altura en que me había detenido, vi unos agujeros octagonales, en ambas paredes, demasiado perfectos para ser obra de la naturaleza.

Giré en el aire y mis piernas se situaron frente a uno de aquellos agujeros. Se descorrió una especie de puerta y me sentí empujada lentamente hacia el interior de lo que tuve la impresión de tratarse de un nicho o una celdilla de colmena.

No era así, ni mucho menos, sino una especie de galería magnética de comunicaciones, por la que me deslicé vertiginosamente, una vez se hubo cerrado la compuerta, dentro de lo que me pareció un tubo de cristal capaz de albergar uno de los galápagos.

Mi viaje terminó de pronto, al caer, de pies, en una vasta y dilatada nave, profusamente iluminada por filtración, como si la fuerte luz exterior penetrase a través del techo translúcido, y encontrarme dentro de un tubo de cristal que me envolvía completamente.

Pero mi asombro no terminó ahí.

¡Entre los tubos de cristal que surgían del techo y que procedían de las paredes de la grieta por la que descendía, vi unos hombrecillos de largos brazos, manos y pies palmípedos, y deformes cabezas palpitantes, a modo de bulbos!

¡Eran unas criaturas horribles, cuya visión me aterrorizó!

Llevaban una especie de banda metálica en torno al cuerpo, color azulado. Movían los brazos como los simios y debían estar examinándome a través de sus órganos sensoriales ocultos, porque carecían de ojos y de boca.

Eran como pequeños monstruos de un metro veinte, poco más o menos y los brazos, que llegaban hasta el suelo, les salían de donde

nosotros tenemos las orejas.

Había varios centenares en torno a mí, y del fondo de la nave venían muchos más. También vi, junto a los tubos de cristal en donde yo estaba metida, las máquinas que nosotros habíamos llamado galápagos. Eran máquinas, estaban abiertas y en su interior se veía el hueco propicio para albergar alguno de aquellos seres.

Ya no había vuelto a escuchar la voz de Leo. El silencio más absoluto me rodeaba.

Frente a mí, en otro tubo de cristal llegó un galápago. Vi como ascendía el tubo transparente que estaba envolviéndole, y la máquina se abría, surgiendo de su interior uno de aquellos seres.

En cambio, el tubo que me rodeaba no se levantaba. Quizás, antes de sacarme de mi ascensor, aquellos hombres querían examinarme.

Lo que sí noté, al cabo de unos minutos, era que empezaba a poder mover los miembros y articular palabras. Lo primero que hice fue mover la cabeza. Así pude ver, en un ascensor electromagnético contiguo, a Augusto, que también estaba siendo examinado por aquellos seres.

—¿Puedes oírme, Augusto? —pregunté.

—Sí —me contestó él—. ¿Estás bien?

—Sí. Parece que este planeta está habitado.

—¡Y qué habitantes! —rezongó Augusto—. Es lo más increíble que podía ocurrimos... ¡Uf, estoy asfixiado de calor!

Yo también sentía un ahogo asfixiante. Y por eso regulé el termostato, bajando la temperatura de mi traje de vacío.

Mi movimiento pareció interesar a los hombrecillos que me rodeaban, detrás de la protección del vidrio, o lo que fuese (luego habría de saber que era cristal de roca fundido).

Entonces se produjo un movimiento de retirada entre los curiosos. Y no tardé en comprender la causa. Hasta donde nos encontrábamos llegó algo parecido a un vehículo «overcraft», o sea movido por suspensión de aire. Era un curioso artefacto que sorteó los tubos de cristal y se detuvo cerca de donde nos encontrábamos nosotros. Un personaje de aquéllos, que vestía una banda de color rojo en torno al cuerpo.

Los otros se apartaron para dejarle paso. Y el personaje se acercó a donde yo estaba encerrada, examinándome de cerca, dando varias vueltas en torno a mí, con torpes movimientos, para luego ir a donde

se encontraba Augusto.

—¿Quién es éste? —oí preguntar a mi compañero.

—Supongo que debe ser algún jefe. Le habrán avisado de nuestra llegada y aquí le tenemos. ¿Qué se propondrán hacer con nosotros?

—No lo sé. Pero no estoy dispuesto a servirles de conejo de indias. Voy a emplear el desintegrador, a ver lo que ocurre.

—¡No! —grité—. No lo hagas. Sería nefasto.

Augusto Elm, pese a mi súplica, desenfundó el desintegrador y apuntó con él hacia las paredes de cristal que le rodeaban.

Entre los hombrecillos que rodeaban nuestros respectivos ascensores se produjo un movimiento colectivo de repliegue. Fue lo último que vi. Sentí como un trallazo intensísimo en la mente y perdí la noción de las cosas.

* * *

¿Cuál no sería mi terror al recobrar el sentido y verme, suspendida en el aire, bajo un techo que parecía un enorme foco de luz blanca, y rodeada de seis hombrecillos de brazos largos, que me examinaban, como si yo fuese una enferma?

Y no fue esto sólo, para horror mío. A menos de seis metros, Augusto Elm, exactamente igual que yo, sufría otro reconocimiento, llevando en la cabeza un extraño casco, del que salía un largo brazo que iba unido a una singular máquina, situada detrás de él, y en la que trabajaban varios hombrecillos.

Yo no podía mover ni un dedo y a Augusto sólo podía verle de reojo.

En aquella gran sala, el silencio era completo. Los seres de «Albor» se movían en silencio, sin hablar unos con otros, o, al menos, esto me parecía. La verdad era que estaban cambiando impresiones acerca de nosotros.

No sé el tiempo que permanecí así. Unas veces tenía noción de las cosas y otras no. La visión se me borraba como si se me cerrasen los ojos y mi mente se dormía. En estos momentos, los sabios «ownos» escudriñaban mi mente, con ayuda de aquel extraño encefaloscopio.

Al fin, terminaron su examen. Averiguaron cuánto deseaban. Me recobré, con asombro, encontrándome tendida en una singular litera de algo parecido a espuma.

Pero mi sorpresa fue enorme al ver frente a mí un curioso aparato giratorio, en nada parecido a un ventilador, ¡y del que salía una voz

hablándome en español, aunque no tenía nada de humana!

— ¿Cómo se encuentra usted, señorita Minaya? Esperamos que no se sienta ofendida con nosotros por el modo como la hemos tratado. Era necesario hacerlo. Ignorábamos quiénes eran ustedes y de dónde venían.

»Ahora, gracias al sondeo de sus mentes, sabemos todo lo que deseamos saber. Nos hemos visto precisados a encerrarlos en el alojamiento donde se encuentran ahora, como medida de prevención. Hemos de evitar los gérmenes que pueden traer consigo.

—¿Quién es usted? ¿Quién me habla? —pregunté, incorporándome.

—En realidad, nosotros no podemos hablar, señorita Minaya. Sólo pensamos y nuestros pensamientos son captados por aquellos de nosotros a los que van dirigidos. Ustedes creo que llaman a esto telepatía o transmisión de pensamiento.

»Yo no puedo oírla a usted. Sólo capto los mensajes vibratorios de su mente. La máquina que tiene delante es algo así como un mecanismo intérprete. Gracias a ello puede usted oírme.

»En Onwo, este mundo en que vivimos, me llaman Ak, y soy el amo técnico. Un sabio, como dicen ustedes, o un pensador profundo, como significa mi nombre.

—¿Y mis compañeros?

—El llamado Augusto Elm se encuentra en una sala como la que está usted. Ahora duerme y descansa. Los otros serán traídos aquí pronto, aunque nos encontramos con dificultades para hacerles salir de la nave en que están. No queremos hacerles daño. Hemos comprobado que son ustedes débiles, pero no hay inconveniente alguno en que nos entendamos perfectamente. Nosotros somos seres racionales e inteligentes. Y sé que ustedes dan mucha importancia a eso.

»Su morfología es curiosa. Hemos comprendido que proceden de seres inferiores y la simbiosis es el fruto de su desarrollo. Nos gustaría saber si la raza de ustedes y la nuestra no tuvo, en el pasado, algún vínculo social.

—¡ Eso es imposible! — exclamé —. No nos parecemos en nada a ustedes.

—Admitido. Pero nosotros descendemos de hombres viajeros, que recorrieron el Universo en todos sus sentidos. Se asombraría usted si supiera las cosas que nosotros sabemos. Los seres se desarrollan de

acuerdo con el ambiente en que viven. Eso lo saben ustedes. Y su mundo es mucho más nuevo que el nuestro. El origen de nuestra raza procede de otros mundos lejanos. El Universo está densamente poblado, aunque no lo parezca, y las razas que llevan consigo el soplo divino, tarde o temprano, se encuentran, debido al crecimiento y desarrollo de sus miembros, y del esfuerzo común de todos.

»El tiempo no cuenta, señorita Minaya. Cuando un planeta se hace inhabitable, los pueblos emigran. Siempre ha sabido el hombre luchar contra la naturaleza ciega, aunque le haya costado siglos y millones de vidas el superarse.

»Esos problemas son comunes a todas las razas. Por eso digo que, en alguna remota antigüedad, sus antepasados pudieron ser los mismos que los nuestros.

»Y esto es fácil de comprender. El ambiente de nuestros mundos ha sido distinto, por lo tanto, nuestros organismos han sufrido modificaciones de adaptación. Pero en esencia, nosotros somos como ustedes. Nos reproducimos del mismo modo, tenemos órganos similares, cerebro y arterias.

—¡ Eso ocurre entre los animales de La Tierra y no me considero igual que un perro! —dije, airadamente.

—No sé lo que es un perro, ni un galápago. En Onwo no hay seres inferiores. Todos somos racionales y tenemos nuestras leyes, que respetamos rigurosamente.

»En el escrutinio que hemos realizado en sus mentes, hemos podido averiguar muchas cosas sorprendentes de ustedes. Sabemos que aman y odian. Nosotros no. Nuestros sentidos son directos. No tenemos instintos, sino necesidades, y éstas las cumplimos racionalmente.

—¿No saben lo que es el odio?

—No entre nosotros. La razón, empero, nos advierte respecto a los extraños. No es la primera vez, en nuestra historia, que recibimos visitas de hombres del espacio.

—¿Han venido otros antes que nosotros? —me extrañé.

—Sí, en cinco ocasiones distintas y, durante el transcurso de nuestra historia, que se prolonga al infinito del tiempo, en miles de millones de años.

—Entonces son ustedes más antiguos que nosotros.

—No lo creo, porque nuestros antepasados se instalaron aquí y venían de otro mundo distante. Ya se lo he dicho.

—¿Y la técnica de ustedes? ¿Cómo logran producir ingravidez en los cuerpos?

—Eso es tan antiguo como el tiempo. Anulamos la fuerza de los átomos por medio de impulsores magnéticos, dejando sólo neutrones en equilibrio. Con la fuerza mental de nuestros cerebros podemos conseguir eso. Hasta un bebé lo hace.

Quedé atónita. Estaba oyendo cosas increíbles.

—La mente es la fuerza más completa de la naturaleza. Ustedes mismos se asombrarían, si supieran la capacidad mental que poseen y que no son capaces de utilizar, teniendo que recurrir, por ello, a medios externos.

»A eso le llamamos nosotros estado primitivo mental. Están todavía en embrión y, por ello, no pueden comprendernos. Nosotros, sin embargo, poseemos los medios para ayudarles. Y eso es lo que nos proponemos hacer.

—¿Quieren ayudarnos? —pregunté, atónita.

—Ése es nuestro deber. Comprendemos cuáles son sus necesidades. Tienen problemas con la nave que tripulan. Les fue asignada una misión y no consiguen llevarla a cabo, debido, principalmente, a su imperfección psicológica. Les han encargado algo superior a sus fuerzas.

—Exactamente — asentí —. Reconozco que eso es cierto. ¿Y cuál será la ayuda que ustedes pueden darnos?

—Eso lo dejaremos a elección de ustedes. Podemos facilitarles los medios energéticos para continuar su viaje o bien podemos ayudarles a que regresen a su planeta de origen. Lo que ustedes pretenden hacer en el mundo al que van no tiene más objetivo que realizar un viaje largo y sin retorno.

»Su embajada, en cierto modo, ha sido realizada, puesto que han llegado a un mundo que desconocían, como es éste, y mucho más asequible para futuras relaciones.

»Nuestros jefes políticos, o sea la junta de Doctos, tendrán sumo gusto en entablar relaciones con ustedes, los terrícolas.

—¿Puede ser eso posible?

—Mucho más, naturalmente, que con los habitantes del mundo que ustedes pretendían encontrar, dado que allí las condiciones ambientales no son semejantes a las nuestras — siguió diciendo la voz metálica del aparato traductor que accionaba el pensamiento de Ak—. Hemos podido comprobar que ustedes respiran una atmósfera similar

a la nuestra. Eso permite fácilmente el intercambio de embajadores. Después podíamos llegar a un intercambio cultural y técnico, lo que les favorecería a ustedes mucho.

—¡ Eso sería fantástico! ¡Debo decírselo al mayor Pittston, si es que me permiten ustedes regresar a la nave! ¿Le han dicho eso al teniente Elm?

El «ventilador» no me contestó.

—¿Me escucha, Ak? —insistí.

Pero tampoco obtuve respuesta esta vez. Vi que el aparato que había frente a mí se detenía lentamente, hasta quedar inmóvil. Entonces pude observar sus cuatro vibradores, que habían estado en continuo movimiento.

Me levanté y lo examiné más de cerca.

—¿Por qué no me contestan? ¿Es que no me oyen?

Algo debía estar ocurriendo. Lo presentí. La nefasta sensación de tragedia se apoderó de mi corazón. No era lógico que Ak hubiese terminado de comunicarse conmigo sin motivo.

Angustiada y perpleja recorrí el lugar en donde me encontraba, que era espacioso, tocando las paredes, de un cristal opaco y claro, que permitían el paso de la luz. No había ningún mobiliario, ni objeto, excepto aquella especie de colchón de espuma, flotante, y el aparato vibrador, que ahora estaba parado.

Este curioso objeto no colgaba del techo, ni estaba fijo a parte alguna. Flotaba, simplemente, en el aire, estático.

Mi incertidumbre no duró mucho, sin embargo, aunque a mí me pareció haber durado muchas horas. Y terminó cuando se descorrió silenciosamente un sector del muro, apareciendo varios hombrecillos de los que había visto a mi llegada.

Silenciosos, entraron y se acercaron a mí, rodeándome. Luego, se volvieron hacia la puerta, que daba a una extensa nave abovedada. Parecían indicarme que saliera con ellos. Y esto hice.

Me acompañaron al exterior y me llevaron hasta otra puerta, también abierta, y de la que salió Augusto Elm, ¡flotando en el aire, inmóvil!

Al dirigir la mirada al interior de la estancia en donde había permanecido Augusto, vi varios cuerpos tendidos en el suelo. Eran hombrecillos «onwos», y uno yacía sobre un charco de líquido verdoso.

Aquello me horrorizó. Supuse lo que había ocurrido. Augusto debió de atacar a los «onwos», hiriendo o matando a alguno, lo cual podía traernos fatales consecuencias.

—¿Qué ha sucedido? —pregunté.

Nadie me contestó. Era evidente que Augusto no podía hacerlo. Le habían inmovilizado y no podía ni articular palabra. Me dolió verle en aquel estado, por las consecuencias que podía representar para él y para todos nosotros.

Mis acompañantes reanudaron su marcha y yo les seguía hasta uno de los tubos transparentes que había cerca de allí, surgiendo del techo. Nadie me indicó nada, pero supuse que pretendían trasladarnos a otro lugar, puesto que a Augusto le hicieron ponerse de pie, y luego, sobre nosotros descendieron los tubos de cristal.

Una vez estuvimos encerrados allí dentro, sentí como una fuerza me arrancaba del suelo, llevándome vertiginosamente hacia el techo y sintiéndome deslizar dentro del tubo magnético. Debí sufrir una inversión, en algún punto del raudo trayecto, porque cuando caí, estaba de nuevo en pie, pero en otro lugar, completamente distinto.

Ahora, a través del cristal, pude ver una enorme sala escalonada, al extremo de la cual había una plataforma elevada, y sobre ella una fila de hombres de «Albor», todos con bandas rojas en torno al cuerpo.

Al levantarse el tubo de cristal, para dejarme paso libre, del techo descendió un objeto flotante, que giraba ante mí. Y de nuevo escuché la voz de Ak, diciéndome:

—Acércate, Ana María Minaya. Vas a comparecer ante la Junta de Doctos.

Miré a derecha e izquierda, buscando a Augusto, y no le vi por ninguna parte. Los tubos de los otros ascensores estaban vacíos.

—¿Y Augusto Elm? —pregunté—. ¿Dónde está?

—Tu compañero será ajusticiado, condenado. Ha agredido a nuestros semejantes, causando graves heridos entre ellos. Él pagará sus culpas.

—¡Piedad! —supliqué—. Estoy segura de que no sabía lo que hacía.

—También los refugiados en vuestra nave han disparado sus armas contra nosotros y nos han causado bajas —siguió diciendo Ak—. Y deben ser castigados… ¡Tú también!

# Capítulo VIII

Avancé hasta situarme ante la plataforma en donde se encontraba la Junta de Doctos. Vi que eran todos exactamente iguales, y conté más de cincuenta, todos en fila, impasibles, colgando sus largos brazos y sin mover ni un ápice de sus extraños cuerpos.

El intérprete vibratorio me había seguido, situado a un metro, por delante de mí, y ahora se había detenido, sin cesar de girar rápidamente.

— Escúchame, terrícola. Hube de suspender la comunicación contigo al serme comunicada la noticia de lo ocurrido en el exterior. Nuestros hermanos se acercaron a vuestra nave, protegidos con sus corazas móviles, con intención de invitar a tus otros compañeros a que salieran y vinieran a reunirse con nosotros.

»Les hablamos, diciéndoles que no debían temer nada. Nos preguntaron qué habíamos hecho contigo y tu compañero y les respondimos que estaban siendo estudiados y que os encontrabais bien. Que no debían temer nada.

»Les rogamos que salieran de la nave y que vinieran con nosotros. Pero se negaron y dispararon sus armas contra nosotros, destruyendo a unos cuantos de nuestros hermanos y haciendo huir a los otros. Dijeron, por último, que si no les devolvíamos a vosotros nos atacarían.

—Lo siento mucho —dije, apenada—. Están asustados y temen que les causéis daño.

—El daño nos lo han hecho ellos a nosotros. Tus hermanos son hostiles y agresivos, y deben ser castigados severamente. Ya no queremos relaciones con vosotros. Habéis venido a Onwo y nos habéis dañado. Eso no podemos perdonarlo.

»Nosotros no hemos ido a vuestro mundo, aunque podemos hacerlo. No os hemos hecho ningún daño, porque en nuestros hábitos no existe el deseo de maldad.

»Hemos recibido daño a cambio de bien. Y no podemos perdonar.

—Por favor — rogué —. Ha existido un mal entendido. En realidad, somos débiles y estamos desamparados. La desconfianza nos anima, dado que ignoramos los peligros que nos acechan.

—En Onwo no habéis corrido ningún peligro.

—¡Pero nosotros no lo sabíamos! Si mis compañeros han hecho mal, ha sido sin querer. Dejadme hablar con ellos. Estoy segura de convencerlos. ¡Habrá algún modo de reparar el daño causado!

—El daño causado por vuestras armas desintegradoras es irreparable, Ana María Minaya —replicó Ak—. La Junta de Doctos está reunida y escucha tu defensa. Están dispuestos a perdonarte a ti, que, en efecto, no nos has causado daño. Sabemos que en tu mente anida la buena intención. Pero los demás han de ser destruidos. Así lo hemos dispuesto.

— ¡No! — grité, dejándome caer de rodillas y extendiendo los brazos, en ademán suplicante—. Observen mi gesto de máxima humildad. En esa nave está el hombre que amo... Sé que no me pertenece, porque nuestras leyes lo prohíben. Pero le quiero. Deseo que viva... ¡Castigadme a mí y perdonadle a él!

»Pensad también que hay una niña recién nacida, un bebé inocente. No podéis culpar a una irresponsable... ¡Por favor, tened piedad y clemencia! ¡Dejadme hablarles! ¡Yo les convenceré de su error y del daño que han hecho! ¡Estoy segura de que se arrepentirán de sus actos!

—No queremos el arrepentimiento. Han matado y deben ser castigados — replicó Ak.

—Pero, ¿quién ha matado? ¿Han sido todos? ¿Qué ley es la vuestra que pretende castigar a los inocentes?

—Los rayos desintegrantes han surgido de la nave. A todos sus ocupantes hacemos responsables de ello.

—¡ La niña no ha podido hacerlo! ¡Ni creo que lo haya hecho su madre! —Me detuve al recordar a Fred—. ¡Sólo ha podido ser uno de ellos! ¡Se llama Fred Aider y ya, durante el viaje, asesinó a uno de nuestros compañeros! ¡Ese hombre está trastornado por el prolongado encierro! Padece manía homicida...

En mi desesperación, buscando soluciones, creí que no sería pecado culpar a un asesino que ya estaba condenado por el jefe del «Eufax». Tenía que hacer algo por salvar a los demás. ¿Qué más daba que Fred fuera castigado por los «onwos» o por nuestra propia ley?

Mis palabras no parecieron conmover a la Junta de Doctos, entre cuyos componentes yo quería adivinar quién era Ak, para postrarme a sus pies, si era preciso.

—Sois un peligro para nosotros — siguió diciendo el intérprete mecánico—. Y os debemos neutralizar. Tú te quedarás aquí, en calidad de huésped. Nos interesa estudiarte a fondo. Pero tus compañeros han de ser destruidos.

—¡ Por el amor de Dios! ¡Dejadme hablar con ellos! ¡Pensad en la niña!

—¿Qué niña es ésa?

—Una criatura inocente, sin razón aún.

—Nuestros hijos nacen con raciocinio y talento — me dijo Ak.

—Los nuestros no. Es injusto culpar a todos por lo que haya hecho uno.

—Sois agresivos y peligrosos, mujer. No os podemos perdonar. Ahora, vete. Hemos de deliberar.

—¡Escuchadme sólo un instante, os lo suplico! Debe existir algún medio para que os podamos ser útiles y recompensaros del daño que os hemos causado involuntariamente.

»Estoy segura de que nuestra llegada a este planeta os puede beneficiar en algo. Admito que vuestra ciencia es muy avanzada y que domináis técnicas que nosotros desconocemos. Pero algo podemos tener que os sea útil. Si nos destruís, no os beneficiaréis en nada.

Mi sugerencia debió de hacerles reflexionar, porque. Ak no contestó. Tuve el presentimiento de que dialogaban mentalmente entre sí. E insistí:

—Os podemos entregar nuestras armas, nuestros equipos, todo cuanto tenemos en la nave. Presiento que algo de cuanto poseemos os puede ser útil.

Me sentí un poco insignificante, como debió de sentirse Cristóbal Colón ofreciendo cuentas de vidrio y espejos a los indios americanos. Pero necesitaba hacer algo, decir, suplicar, conmover a los impasibles individuos que me repelían, del mismo modo que debía repelerles a ellos.

Yo ignoraba lo que estaban conferenciando, porque no podía leer sus pensamientos. Y mi sorpresa fue grande cuando oí decir a Ak:

—Puedes comunicarte con ellos por radio, ¿verdad?

—Sí. En mi equipo llevo un aparato de comunicaciones — contesté.

—Bien. Vamos a permitirte que hables con tus compañeros. Les dirás que saquen a la niña recién nacida y nos la entreguen. Luego, les destruiremos. Hemos considerado, dado vuestro especial metabolismo, que un bebé no puede ser responsable de los actos de sus mayores.

»Y, óyelo bien, Ana María Minaya... ¡No esperes más de nosotros!

* * *

Me trasladaron a un impresionante y enorme laboratorio, donde,

en una especie de vitrina de cristal, se encontraban los trajes de vacío de Augusto y mío. Los sacaron y los pusieron a mi disposición.

Conmigo venía uno de los miembros de la junta de gobierno de «Albor», acompañado por una decena de siervos. Aquel individuo no era Ak. Llevábamos un intérprete vibratorio y a través de él me dieron las instrucciones.

—Utiliza tu radio y comunícate con el jefe de la nave.

Yo obedecí, sin ponerme el atuendo. Conecté la radio y me coloqué el casco.

—¡ Leo! ¿Puedes oírme?

—¡Sí, Ana María! ¿Dónde estás? ¿Qué te ha ocurrido?

Sentí que las piernas me temblaban al escuchar la voz de Pittston, que llegaba hasta mí con claridad.

—Estoy en el interior de esté planeta, Leo. ¿Qué es lo que habéis hecho? ¡Están furiosos contra vosotros y os van a destruir!

—Si se acercan, dispararemos contra ellos. Les hemos dado un ultimátum.

—¡No, no! —grité—. Estos seres pueden aniquilaros. Has cometido un grave error, Leo. Ellos se proponían entablar amistad con nosotros y ayudarnos. Pueden suministrarnos energía para regresar a La Tierra. Ahora, todo se ha estropeado.

»Augusto también ha atacado a estos seres y ha herido a unos cuantos. Le han condenado a morir.

—¡ Diles que no sean necios y que os dejen salir, de lo contrario les pesará!

—¡ Ellos son más civilizados que nosotros, Leo!

—Eso habría que verlo. ¿Cómo te has entendido con ellos?

Fue preciso explicar a Leo todo lo que me había pasado. Supe, por Leo, que sólo habían transcurrido seis horas desde que salimos de la nave, y yo creía llevar muchos meses en poder de los «onwos». También supe que los «galápagos» se habían acercado a la nave y Leo ordenó dispersarlos, disparando los desintegradores fijos que llevábamos en el fuselaje del «Eufax», con lo cual, los «galápagos» habían huido.

Yo escuché, aterrada, aquellas noticias, que ya me había comunicado Ak.

—Escúchame, Leo. Por lo que más quieras. Sé que os van a

destruir de un momento a otro. No sé cómo, pero deben poseer medios para hacerlo.

»Lo mejor que puedes hacer es darles a Estrella. Os van a matar y esa criatura puede salvarse. Creo haberlos convencido…

—¡ Nooo! — llegó hasta mí la voz fiera y agresiva de Fred Aider—. ¡Jamás les entregaré a mi hija!

—¡Os matarán a todos!

—Eso ya lo veremos —replicó Leo Pittston—. Lo siento, Ana María. Comprendo que te han debido forzar a esto y pretendes persuadirnos. Pero ya que te hemos perdido, junto con Augus, no renunciaremos.

—¡Estás loco, Leo! ¡Tú no conoces el poder de estos seres! Dominan las fuerzas naturales, se entienden por medio del pensamiento y poseen una ciencia mucho más avanzada que nosotros.

—En mi código no existe la rendición, Ana María.

—¡Leo, hazlo por mí! ¡Te quiero! ¡Sé que me está prohibido confesarlo, debido a la enorme barrera que nos separa! ¡Debo decírtelo ahora porque presiento que no nos volveremos a ver jamás! ¡Te quiero, Leo! Por ese amor, por esos años que hemos vivido juntos, sin saber exactamente lo que sentía por ti, hazlo, Leo! ¡Salva a Estrella o será tarde!

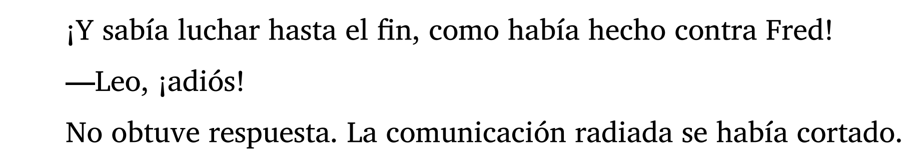
—No puedo decirte lo que pienso hacer, Ana María — me replicó Leo—. Podrían enterarse esos galápagos. Pero tengo un plan. En cuanto a lo que me dices, te agradezco mucho tu sinceridad. Ya lo había comprendido y tuve la prueba la noche en que te besé.

»Yo también he pensado mucho en ti y he llegado a una determinación. Pertenezco a otra mujer, Ana María. El destino nos separó antes de conocernos. Hablé con Augusto de eso y me dijo que él te quería, y que nunca quiso confesártelo, debido a la anómala situación en que vivíamos.

»Él te quiere, Ana María. Hazme caso y acéptale.

Sentí un rudo golpe en el corazón. Todo se derrumbaba en torno mío. Aquél era el fin de mi vida, de mis ilusiones queridas, de mis sueños más íntimos, los cuales había tenido que confesar en aquel angustioso momento de desesperación.

Y lo peor era la réplica inflexible de Leo. Él seguía siendo fiel a sus convicciones. Era firme, leal y noble. Le adoré mucho más. Sabía dominar sus propias debilidades, autoconvencerse, sacrificarse, si era preciso.



¡Y sabía luchar hasta el fin, como había hecho contra Fred!

—Leo, ¡adiós!

No obtuve respuesta. La comunicación radiada se había cortado.

Me volví al representante de la Junta de Doctos y musité:

—Lo siento... No he podido convencerles. Están dispuestos a morir luchando. No admiten condiciones de nadie. Dicen que deben ustedes devolvernos a ellos o lucharán hasta el fin.

—Lo he escuchado todo —me contestó el sabio, a través del intérprete vibrador—. Y he sabido cosas sorprendentes que pueden llevarnos a considerar de nuevo nuestra actitud.

No alenté ninguna esperanza. Me limité a encogerme de hombros, tristemente. Mi desilusión era tan grande que lo daba ya todo por perdido. Ni siquiera vivir me importaba.

Había comprendido cuál era la actitud de Leo: el deber. Él consideraba que su deber era mostrarse severo y lo hacía. Era un capitán de nave espacial fuera de nuestro mundo. Aunque muriese, su postura no podía cambiar. Detrás de él, seis mil millones de seres humanos le sostenían.

* * *

Mi sorpresa fue enorme cuando se abrió la puerta y vi a Augusto Elm sentado en el suelo, en actitud pensativa.

Él se puso en pie y yo entré, corriendo hacia él.

La puerta se cerró suavemente a mi espalda, quedándose fuera mis acompañantes.

—¡Ana María! — exclamó Augusto, extendiendo sus brazos hacia mí.

Necesitaba protección y consuelo y me refugié en él, para llorar.

—¡Augusto! Esto es terrible, angustioso...

—No te preocupes. Saldremos de aquí. Verás como Leo nos saca o terminará con todos esos hombrecillos de manteca.

—¿Qué es lo que has hecho?

—¿Yo? ¡Son ellos los que nos retienen! Nos han estudiado como si fuésemos animales de ensayo.

—Es natural que lo hicieran. Lo ignoraban todo de nosotros. Si ellos hubiesen venido a la Tierra, nosotros habríamos hecho lo mismo.

—Posiblemente — admitió Augusto —. Pero yo no podía soportar

más el que me llevasen de un lugar a otro, sin pedirme permiso. Me defendí y desnuqué a unos cuantos. Son blandos como la gelatina.

—Ése ha sido tu error. Uno de sus jefes me estaba hablando y diciendo que pensaban ayudarnos.

—¡Vaya una ayuda, la de estos pobres monos! — contestó Augusto, altivamente—. Son seres inferiores.

—¡Por el amor de Dios, no digas eso! ¿Has hablado con ellos?

—No. ¿Y cómo pueden hablar, si no tienen boca?

—Se comunican mentalmente. Conmigo han utilizado un aparato extraño que traduce en palabras de mi propio idioma todos sus pensamientos.

—¡Caramba con los simios de brazos largos! — exclamó Augusto.

Le narré, sin omitir nada, todo lo que había ocurrido, y mi conservación con Leo. Cuando terminé, sin alterarse, dijo:

—¿De modo que me han condenado, eh?

—Sí. Han decidido destruirte.

—Eso quizá puedan hacerlo. Reconozco que tienen poder para inmovilizarme. Pero no temo a la muerte. Ni tú tampoco deberías temerla, Ana María. Pertenecemos a una raza que, gracias a Dios, no carece de orgullo. Ser terrestre es un privilegio mayor del que yo creía, y más después de haber conocido a estos esperpentos.

—Son horribles desde nuestro punto de vista, porque los comparamos con nosotros. Pero ellos hacen lo mismo. Y en inversa proporción, les parecemos lo mismo a ellos.

—Puede que tengas razón.

—La tengo, sin duda. Y sin embargo, estos hombres no han querido hacernos daño. Nos inmovilizaron para trasladarnos al interior del planeta. ¿De qué otro modo podían hacerlo? ¿Se les puede pedir que nos tomen en brazos?

—No, no, no... ¿Dónde quieres ir a parar?

—Quiero que te des cuenta del error que has cometido. Uno de esos individuos me ha dicho que reconsiderarían nuestro caso, a raíz de la conversación sostenida con Leo.

—¿Van a perdonarnos?

—No lo sé. Pero no debemos considerarlos como enemigos. Esos hombres no odian. Desconocen los sentimientos nefastos. Son seres

sencillos y humildes.

Como si mis palabras estuviesen siendo escuchada por alguien, del techo de la estancia en donde me encontraba surgió, como por ciencia de transmutación, magia o encantamiento, uno de los aparatos giratorios y vibrátiles, que me transmitían la voz.

Augusto no los conocía aún y quedó impresionado.

—¿Qué demonios es esto?

—Calla. Quieren hablarnos. Escucha.

Era Ak. Se dirigió a mí en español… ¡Pero, al mismo tiempo, Augusto escuchaba las mismas palabras en inglés!

—Hemos sabido que amas al jefe de la nave, situada en nuestro planeta, Ana María. Nos sorprende mucho que vuestros sentimientos, captados en una de nuestras máquinas de sensibilidad, sean capaces de hacer oscilar tan profundamente los indicadores.

»Sois unos seres muy interesantes desde el punto de vista científico. Además, empezamos a comprender que existen hombres en vuestra sociedad que conocen aspectos técnicos que nosotros ignoramos.

»Me explicaré mejor. Entre nosotros, hay sabios y técnicos. Nuestras mentes están dirigidas a un determinado trabajo, excepto las de los sabios.

»Así, cualquiera de los sabios conoce todas las materias de que trata nuestra ciencia, mientras que los técnicos subalternos sólo conocen lo que han de desarrollar o realizar, por mandato nuestro.

»Este sistema rige entre nosotros hace muchos miles de años y nos ha ido bien. Cuando nace un sabio lo reconocemos por su capacidad. Ya te dijeron que nosotros nacemos con todo el conocimiento.

»Pues bien. Hemos sabido que vosotros sois así, que poseéis la ciencia distribuida en muchas ramas y que vuestros sabios se especializan en un determinado saber, y que la unión y el esfuerzo de todos los dedicados a una sola materia hace el progreso científico.

»Eso es muy interesante. Tú, por ejemplo, eres Coordinadora de muchas ciencias, las cuales no conoces a fondo, pero tus conocimientos te permiten corregir y observar todo lo que hacen los demás.

Como Ak hiciera una pausa en su disertación, me apresuré a decir:

—¿A qué viene todo esto, Ak?

—Te sorprendería saber que ignoramos cosas que vosotros sabéis.

—¿Y cómo habéis podido averiguar lo que sabemos nosotros?

—Tenemos un registro de vuestras mentes. Ha sido simple casualidad el comparar el tuyo con el de tu compañero. Luego, hemos podido ver vuestros influjos sentimentales. Y eso también es interesante.

—¿Por qué?

—Porque en vosotros hay algo que nosotros negamos y rechazamos hace infinidad de tiempo.

—No sé a qué se refiere usted, Ak.

—Me refiero a vuestro espíritu. Esa cuestión ha preocupado siempre a nuestros pensadores, a nosotros incluso, porque tenemos la vaga sensación de vivir en el error más profundo.

»Acerca de esto queremos profundizar con vosotros. Nos interesa en gran manera vuestras creencias religiosas.

—Entre nosotros no existe ningún sacerdote — dijo Augusto, un tanto secamente —. Pero yo puedo hablaros de todo eso. Devolverme mi equipo y conoceréis la muerte y todos los misterios que encierra el más allá. ¡Estoy seguro que ni Lucifer querrá saber nada con vosotros!

Miré a Augusto severamente.

—Tus macabras ironías no nos afectan, Augusto Elm. Tú eres un criminal abyecto y traidor. Has matado a unos cuantos de nuestros hombres. ¡Y has hecho más! ¡También has matado a uno de los tuyos, permitiendo que otro sea culpado!

Aquella declaración de Ak me extrañó. Miré a Augusto y le vi palidecer visiblemente, a la vez que gritaba:

—¡ Mentira! ¡Fue Fred quien mató a Raúl!

—No. El que mientes eres tú. Nosotros sabemos toda la verdad, porque hemos leído en tu mente. Podemos demostrártelo cuando lo desees, Ana María Minaya.

»Ese hombre, al que tú aborreces instintivamente, aunque crees quererle, mató a Raúl Lacaune. La hija de Karin Lakin no es de Fred, sino suya, de Augusto Elm. Ese sujeto vil y criminal tuvo amores con su compañera Lakin. Luego, urdió una conspiración y envolvió a Raúl Lacaune y Fred Aider, de suerte que se agredieron ambos. Pero Fred Aider no mató a Raúl Lacaune; simplemente le dejó herido.

»¡ Y ese hombre que está contigo fue el que remató a Raúl,

haciendo así creer a los demás que había sido Fred Aider el que le mató!

Eran demasiados datos concretos y terminantes para que yo pudiera dudar de las palabras de Ak.

Miré a Augusto con horror.

Él se mordió los labios, con rabia, y su rostro se demudó.

Creí que Augusto iba a lanzarse sobre mí con ánimo de estrangularme. Lo presentí y hasta retrocedí un paso. No dudé de cuanto había oído a través del intérprete giratorio y vibrátil. Para conocer los nombres de nuestros compañeros, forzosamente, los «onwos» habían tenido que leer bien a fondo en nuestras mentes.

En la de Augusto debía estar todo aquello: ¡La verdad que yo intuyera tiempo atrás, al tener entre mis manos a Estrella!

¡Cuánta perfidia, incluso dentro de aquel reducido mundo que era el «Eufax»!

—No lo creas, Ana María — me dijo Augusto, sin convicción—. Pretenden desconcertarte, buscar nuestra desunión... ¡Yo no maté a Raúl! Fue Fred quien le aplastó la cabeza con la llave metálica.

Quise hablar, pero no pude. En mi garganta se había formado un nudo angustioso que me impedía articular las cuerdas bucales. Sin embargo, haciendo un esfuerzo, conseguí decir:

—Canalla... ¡Eres el más vil y miserable de los hombres, teniente Elm!

Él me miró con ojos turbios.

—Karin me turbó —admitió con voz ronca, haciéndome sentir un asco profundo hacia él—. Cuando me di cuenta, ya estaba metido hasta el cuello... ¡Y Raúl se enteró! ¡Amenazó con decírselo todo a Leo!

»Sí, yo induje a Fred, que también estaba enredado con Karin. De ella es la culpa y no nuestra.

—Pero, ¿tú mataste a Raúl? ¡Confiésalo! ¿Le asesinaste tú?

—Fred le golpeó y huyó. Le creyó muerto y por eso aceptó la responsabilidad. Yo lo había escuchado todo desde el interfono de mi cabina. Fui a máquinas y me encontré a Raúl en el suelo, intentando levantarse. Me miró con odio intenso. No tuve más remedio que...

—¡No sigas! —grité, retrocediendo—. No sigas, por el amor de Dios. ¡Esto es horrible!

La puerta de la amplia estancia se descorrió silenciosamente en aquel momento, apareciendo uno de los «onwos», vestido con banda roja, y seguido de seis u ocho subalternos.

Sin hacer gesto alguno, se adelantaron. Vi que Augusto quedaba rígido y luego era «alzado» del suelo, dejándole vertical. Así se lo llevaron hacia el exterior.

El hombrecillo de la banda roja se acercó a mí. El «intérprete» seguía funcionando sobre mi cabeza.

—Soy Ak. Pero no te fijes demasiado en mí porque no me reconocerás luego. No existe la más mínima diferencia externa entre yo y mis compañeros de la Junta de Doctos.

»Entre vosotros, sí existe esa diferencia notable, y no sólo en lo físico. Nos interesáis mucho.

—Yo ignoraba que Augusto Elm fuese un asesino.

—De entre todos vosotros, según hemos podido constatar, sólo hay tres personas que merecen nuestro respeto y consideración. Una eres tú. Los otros son el capitán de la nave y la niña recién nacida. De no haber sido por ellos y por ti, los habríamos destruido. Poseemos armas mucho más potentes que las vuestras.

»Hemos tenido que envolver la nave en un campo magnético antigravitatorio, porque el suicida mayor Pittston pretendía escapar a los altos espacios. Sabemos que carecéis de energía suficiente para continuar vuestro viaje.

»Ese hombre, empero, se disponía a gastar la poca que le quedaba para intentar tu rescate, cosa que no habría conseguido nunca.

—Lo comprendo —asentí, aún anonadada, por la revelación que me había sido hecha—. ¿Qué haréis con Augusto?

—Será retenido en nuestros laboratorios. Le hemos sentenciado a morir, no por lo que ha hecho a vuestros compañeros, sino por lo que ha hecho a nosotros. Nada más llegar, ya quiso utilizar su desintegrador para causarnos daño. Hubimos de desarmarle.

»Ahora, no le volverás a ver más. Le exploraremos científicamente hasta que sea necesario matarle, para conocer su organismo interno. Si hemos de establecer, algún día, contacto con vuestra raza, debemos conoceros bien y saber quiénes sois.

»No hacemos ningún daño con destruir a un criminal. Su cuerpo servirá de experiencia a nuestros sabios. En cuanto a ti… Queremos que nos ayudes. Vas a volver a tu nave, donde permanecerás en contacto con nosotros. Ya sabes que no podéis huir. Tratarás de convencer a Leo Pittston de que le conviene tratar con nosotros, si es su deseo salir alguna vez de aquí, cosa que dudamos.

»Por lo que sabemos de él y gracias a estudios efectuados a distancia, ese hombre no quiere regresar a vuestro planeta. Su deseo sería continuar viaje hacia el infinito.

»Nosotros podemos ayudarle, no sólo a que haga lo que más le

convenga, sino a solucionar su propio problema particular.

—¿De qué modo?

—Lo estamos estudiando ahora. Pensamos en el modo de convencerle y ayudarle. Tú debes ayudarnos a nosotros. Ahora, sígueme, por favor.

La puerta estaba abierta. Ak dio media vuelta y salió del aposento. Le seguí hasta uno de los ascensores magnéticos, situándome bajo uno de los tubos de cristal, del mismo modo que hacía Ak.

Al cerrarse el objeto, fui absorbida, para caer, siempre de pie —cosa que no acababa de comprender, dada la corta duración del trayecto— en otro lugar, donde se encontraban varios «onwos» que tenían en sus manos mi propio traje de vacío.

Ak llegó conmigo, en otro ascensor. Me dijo:

—Ponte ese atuendo, Ana María. El exterior es muy frío y lo necesitas. Como observarás, y en prueba de confianza, te hemos dejado el arma en su funda. Sé que no vas a extraerla y disparar contra nosotros.

Me sonrojé y musité:

—Gracias, Ak. Quisiera poder convencer a Leo Pittston de que debe confiar en usted.

—No te preocupes. Sé que le convencerás. Nosotros te ayudaremos. Vamos a suministraros energía suficiente para establecer contacto con vuestro planeta. Pensamos que, si informáis a vuestros superiores de todo lo ocurrido, se os darán órdenes desde la Tierra y serán lo suficiente sensatas como para lograr un entendimiento entre nosotros.

»Nos hemos dado cuenta de que no sois lo que habíamos temido al principio. Entre vosotros, como seres homogéneos, pero individualistas, ocurre como nos ocurría a nosotros en la antigüedad.

»Por eso os dije que podíamos haber tenido un origen común. Y nos interesa, en extremo, poder intercambiar impresiones con vuestros sabios más significativos, para resolver muchas dudas espirituales que tenemos.

»Nosotros, después de muchos siglos viviendo sólo sujetos a la razón, dominados por la ciencia, tenemos problemas que sólo podrían ser resueltos por conducto divino.

»Y eso nos preocupa.

»Pero ya hablaremos de eso a su debido tiempo. Ahora, hemos de

resolver esta dificultad que tenemos con los tripulantes de la nave. Ve, pues, e intenta arreglarlo.

Ak se volvió a uno de sus subalternos, quien le hizo entrega de un curioso objeto oblongo y blanco, el cual me entregó, añadiendo:

— Toma esto, Ana María. Es una especie de comunicador. No te lo doy para enterarme de lo que hablas con tus compañeros de la nave, sino para que me informes y estés, a la vez, al corriente de las medidas que vamos a tomar en beneficio vuestro.

»Una prueba de mi honradez es que lo he elegido de este color, por si no quieres hacerme caso, lo abandones sobre la nieve exterior, cuando salgas. Nosotros no te reprochamos tu libre albedrío. Estoy seguro, sin embargo, de que lo necesitarás.

—Sí, Ak. No tengo ningún secreto para los que han podido leer mi mente y la de Augusto Elm. Hace bien en darme este comunicador. Si no logro convencer a Leo, a través de esto les pediré a ustedes que me vengan a buscar, porque no iré con ellos a ninguna parte.

Estoy segura de que, en caso de haber podido sonreír, Ak lo habría hecho en aquel momento. Mi sinceridad no podía superarse. Alguien habrá hablado con tanta verdad como yo, pero más es imposible.

Una vez estuve equipada con mi atuendo, Ak me acompañó al exterior, donde me introdujo en uno de los tubos de cristal. Antes de separarnos, me tendió la mano, estrechándomela a nuestro uso.

Agradecí aquel gesto de simpatía y dije:

—Nos volveremos a ver.

—Eso espero.

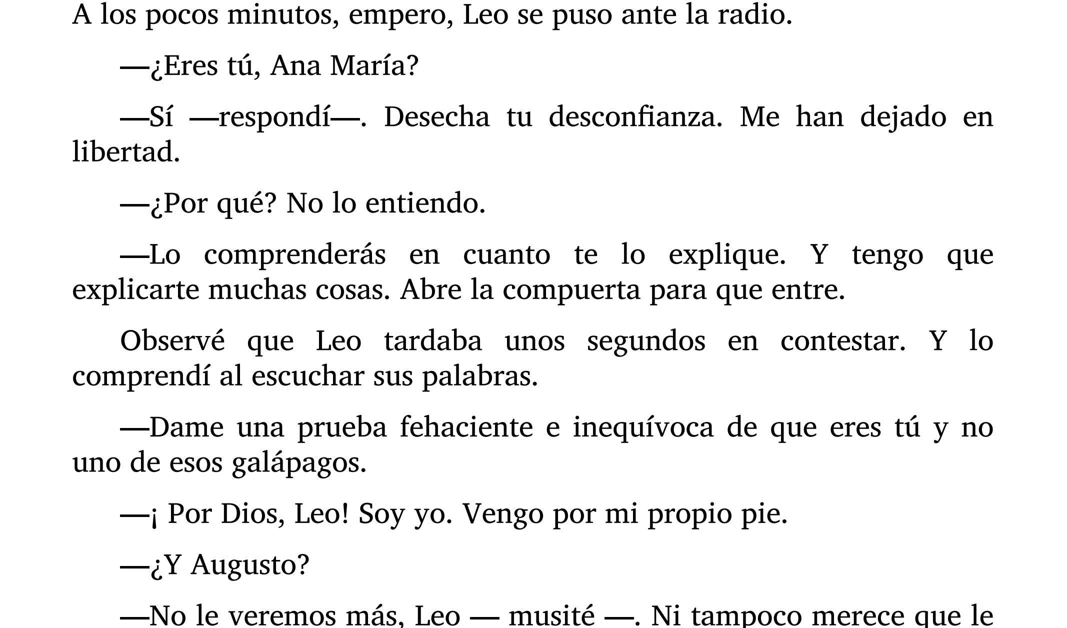
* * *

Me sacaron de la fisura utilizando el sistema antigravitatorio, hasta dejarme de pie sobre la nieve, a unos metros del lugar en que había salido. Me alegré de ver la nave espacial, y me entristeció descubrir los restos de los «galápagos» destruidos por los disparos desintegrantes.

Al pasar entre aquellas máquinas carbonizadas, vi rastros de sangre verde. Esto me hizo pensar en la grandeza de miras de Ak, el Pensador Profundo, y su Junta de Doctos, que, pese al daño que les habíamos causado, aún pretendían ayudarnos.

—¡ Leo! ¿Me oyes?

No me contestaron inmediatamente. Luego supe que Fred no quiso responder y fue a despertar a Leo, el cual se encontraba descansando.



A los pocos minutos, empero, Leo se puso ante la radio.

—¿Eres tú, Ana María?

—Sí —respondí—. Desecha tu desconfianza. Me han dejado en libertad.

—¿Por qué? No lo entiendo.

—Lo comprenderás en cuanto te lo explique. Y tengo que explicarte muchas cosas. Abre la compuerta para que entre.

Observé que Leo tardaba unos segundos en contestar. Y lo comprendí al escuchar sus palabras.

—Dame una prueba fehaciente e inequívoca de que eres tú y no uno de esos galápagos.

—¡ Por Dios, Leo! Soy yo. Vengo por mi propio pie.

—¿Y Augusto?

—No le veremos más, Leo — musité —. Ni tampoco merece que le recordemos... ¡Él fue quien asesinó a Raúl!

—¿Qué dices?

—Os lo explicaré todo dentro de poco. Es una sucia historia que Karin tendrá que confirmar.

—¡ No! — oí gritar a Karin.

—¿Vas a negarme que Estrella es hija de Augusto? — pregunté yo, furiosa.

—No, no... ¡Eso no es cierto!

—Os lo demostraré. Augusto me lo ha confesado.

Yo me estaba acercando a la nave, habiendo dejado atrás los restos de lo que nosotros creíamos que eran galápagos, o sea que me encontraba dentro ya del alcance de las armas desintegradoras de la nave espacial.

—¡ No des un paso más, Ana María! — oí decir a Leo—. Te exijo que me des una prueba de que eres realmente tú.

—¿Acaso no me estás viendo en la pantalla estereovisora?

—Yo veo una figura que lleva tu equipo de vacío y veo tu rostro... ¡Pero no sé si eres tú! ¡Y no entrarás aquí hasta que no me demuestres que eres Ana María Minaya, sin el menor asomo de duda!

Leo debía estar hablando con el micrófono pegado a la boca, porque escuchaba perfectamente hasta su aliento. Fred y Karin debían

estar discutiendo, a cierta distancia, porque sus voces me llegaban confusas, airadas.

—¿Qué prueba quieres que te dé?

—Por ejemplo, algo que esos galápagos no pueden saber. ¿Cómo se llama la música que me hace evocar mi luna de miel en Túnez?

—«Tempestad alucinante» —repliqué, sin la menor duda.

—¿Cuál es la frase de Eleanor Roosevelt que figura en la placa situada a la entrada de la Base de Ozona?

Comprendí la sutileza de Leo y repliqué:

—«Nadie puede hacernos sentir inferiores sin nuestro propio consentimiento.»

—Está bien. No es necesario que te haga más preguntas, Ana María. Pero ¿qué es el objeto blanco que llevas en la mano?

—Un transmisor que me ha dado Ak. De verdad, Leo. Quieren ayudarnos. Van a proporcionarnos energía para que podamos comunicar con la Tierra. Quieren que comuniquemos a la base lo que ha ocurrido. Ak está seguro de que nos darán autorización para entrar en negociaciones con estos seres.

»Es más de lo que podíamos esperar, habida cuenta de lo que has hecho con ellos. No debiste disparar.

—¡ Ha sido cosa del imbécil de Fred! ¡Hube de golpearle para retirarlo del cañón desintegrante! ¡Yo no quería hacerlo, Ana María! Ahora verás cómo tiene el ojo.

Al acercarme a la nave, vi que la compuerta exterior se descorría y descendía la rampa. Cuando estuvo sobre el suelo, subí rápidamente y penetré en la cámara. La compuerta se cerró y luego se abrió la puerta de acceso al interior de la nave.

Vi a Leo.

Llevaba puesta una capucha de piel, al modo de los esquimales y se había colocado gafas negras para evitar la refracción de la luz sobre la nieve.

Me abrazó y me ayudó a despojarme del equipo de vacío.

—¿Y los otros?

—Fred está tendido, sin conocimiento, en la cabina de dirección. He tenido que sacudirle un golpe. Karin ha ido a refugiarse en su cabina.

»Explícame lo de Augusto.

—Es un tipo repelente y sucio — dije, con asco —. Allí abajo, sabiéndose inutilizado por el poder de los «onwos», en cuanto tuvo oportunidad atacó a unos cuantos, pillándolos por descuido. Con un solo pensamiento, pudieron fulminarlo, y no lo han hecho.

»Son muy frágiles los «onwos», según creo. Pero están sumamente civilizados.

Me extendí en explicaciones, sin omitir detalles sobre todo cuanto había visto, mientras regresábamos a la cabina de dirección. Estar de nuevo en el «Eufax» me parecía extraño.

Efectivamente, vi a Fred tendido en el suelo, sin sentido. Y su ojo derecho estaba amoratado.

Leo pasó sobre él para ir a examinar la pantalla estereovisora. Yo rodeé el cuerpo de Fred y me acerqué, llevando en la mano el comunicador blanco que me había dado Ak.

—¿Dices que van a darnos energía?

—Eso me han dicho.

—¿De qué modo?

Miré el comunicador y dije:

—Si me está escuchando, Ak, le ruego que responda a Leo Pittston.

—Efectivamente, Ana María Minaya. Te estoy escuchando. Gracias por haber cumplido bien. Escucha, Pittston, sólo tienes que conectar los circuitos de energía y recibirás toda la que necesitas para establecer contacto con vuestro planeta. No tengas miedo. Es energía atmosférica acumulada.

—¡Diablos! —exclamó Leo al oír aquello—. ¿Puedo creer lo que he oído? ¡Me han hablado en inglés!

—Utilizan un mecanismo que traduce a nuestros respectivos idiomas los pensamientos de ellos. Haz lo que te dicen, Leo.

Me miró de un modo singular y, acto seguido, presionó el conmutador de contacto general. El milagro se produjo. El «Eufax» recibió la energía suficiente, procedente del exterior, por medios que no podíamos comprender, para poner en funcionamiento todos los servicios interiores que nosotros habíamos desconectado para ahorrar energía.

Las luces brillaron con fuerza, funcionó la escalera automática y la emisora de ultra frecuencia empezó a zumbar.

Leo pulsó el interfono y llamó a Karin:

—Escúchame bien, Karin. No quiero hacerte ningún reproche ahora. En su día se te pedirán cuentas de todo lo sucedido aquí, en lo que atañe a tu responsabilidad. Ahora, prefiero más no verte.

»Mas tienes una misión que cumplir y te ordeno que lo hagas. Ya tienes energía en la emisora. Llama a la base y comunícales todo lo ocurrido. Quiero una contestación inmediata. Voy a redactarte un comunicado secreto que transmitiré yo mismo con el teletipo dimensional. Ábreme una onda de excentricidad abierta.

—Sí, Leo —respondió, apagada, la voz de Karin.

—¡Nada de Leo! ¡Soy el mayor Pittston! —gritó Leo, enérgico.

Mientras yo hablaba con Leo, explicándole más detalles de mis impresiones sufridas en poder de los «onwos», así como mi opinión personal de todo lo acaecido, cosa que él escuchó con atención, Karin hizo funcionar la emisora.

Habría de pasar más de seis horas antes de obtener respuesta al informe. Y por eso informé a Ak también sobre el particular.

Yo me sentía cansada, y así lo indiqué.

Leo me autorizó a retirarme a descansar, diciéndome:

—Déjame ese aparato. Yo hablaré con Ak y estableceremos condiciones.

—Se trata de que yo deba convencerte, Leo.

—No te preocupes, pequeña. Yo no necesito convencerme. Ya lo estoy. Sólo trato de enterarme directamente de todo.

Ak, a su vez, me dispensó, diciendo:

—Es mejor que descanses, mujer. Lo necesitas. Pittston y yo tenemos mucho de qué hablar. Creo que llegaremos a entendernos.

Me retiré pues a mi cabina, no sin haber pasado antes por la cocina, donde ingerí unas píldoras reconfortantes y tomé un vaso de leche diluida.

Cuando caí en mi litera quedé completamente dormida.

* * *

Me desperté sobresaltada. Una mano fuerte oprimía mi boca. Quise gritar y no pude. Al abrir los ojos, vi ante mí el rostro demudado y fiero de Fred Aider.

—No intentes resistirte o te estrangulo, Ana María!

Me quedé quieta. Pero no sentí miedo. Presentí que Fred debía de estar más asustado que yo, como así era, en efecto.

—Quiero que me ayudes a huir. Lo tengo todo dispuesto. Ahora no tienes que coordinar las operaciones de despegue, sino dirigirlo todo. ¡Y tienes que hacerlo! ¡Si yo he de morir, tú morirás también!

Sacudí la cabeza y él aflojó su mano, sobre mi boca.

—¿Dónde está Leo?

—Está muerto.

—¿Le has matado?

—Sí. No he tenido más remedio que hacerlo.

Sentí que la angustia me ahogaba.

—¿Por qué? ¿Por qué?

—Iba a entregarnos a los galápagos. Escuché su conversación con ellos. ¡Hemos de irnos! Ignoro qué ha ocurrido, pero tenemos energía suficiente para alcanzar el hiperespacio y alejarnos de este mundo maldito.

»¡Vamos, levántate!

No me moví. Él había retrocedido y me estaba encañonando con una pistola desintegradora.

—No; Fred; no lo haré. Puedes matarme. Prometí a esos hombres que volvería con ellos. Si ha muerto Leo, ya no me importa morir.

El rostro de Fred era una máscara de pasiones. Creí que iba a oprimir el gatillo del arma. Y hasta entorné los ojos, rezando, para recibir la muerte sin darme cuenta de nada.

Fred no disparó.

—¡ Por Dios, Ana María! ¡No me obligues!

—No podrías escapar — añadí, abriendo los ojos —. Esos hombres tienen más poder que nosotros. Déjame ir al lado de Leo.

Retrocedió y abrió la puerta. Yo me levanté. Estaba vestida y salí de la cabina. Una vez fuera, no vi a Fred. Se había alejado corriendo. Su cobardía era mayor que su miedo.

Me apresuré hacia el puente, subiendo por la escalera automática, y al entrar en la cabina de dirección, de mi garganta se escapó un grito de angustia.

En tierra, sobre un charco de sangre, yacía Leo Pittston.

Tenía una terrible herida en la cabeza y, cuando le ausculté, me di cuenta que su corazón había dejado de latir.

¡Estaba muerto!

Sobre el pavimento, en un rincón, cerca del tablero de trazado, estaba el comunicador blanco que me entregó Ak. Lo tomé y exclamé, angustiada:

— Ak, escúcheme, ¡por el amor de Dios!

—Te escucho, hija.

—Fred Aider se ha vuelto loco y ha matado a Leo. ¡Le ha matado!

—Lo sé. Estaba esperándote para darte instrucciones. Haz una cosa. Atiéndele como si no estuviese muerto. Piensa que sólo está herido y que nosotros podemos curarle. No pierdas tiempo. Ha transcurrido ya media hora.

»Necesitamos ese cuerpo antes de dos horas. ¿Me has comprendido? Vosotros poseéis vendajes para cubrir las heridas. Véndale y sácale de la nave. De lo demás, nos ocuparemos nosotros.

—Sí, sí — dije, como aturdida.

Dejé el comunicador y corrí al botiquín, donde encontré todo lo que necesitaba, para regresar a donde yacía Leo. No me cabía duda de que estaba muerto. Tenía el cráneo fracturado. Fred le había golpeado con una barra de hierro que tomó de una palanca de cierre del accesorio de máquinas.

Cuando terminé de vendar la cabeza de Leo, recurrí a todas mis energías y logré levantar el cuerpo, echándomelo al hombro. Tambaleándome, llegué hasta la compuerta de salida. Me di cuenta entonces de que, sin ayuda, no podía salir al exterior. La cámara intermedia se abría desde el interior de la nave. Estaba construida así para evitar accidentes. Y la compuerta exterior no se abría, si antes no se cerraba la interior.

Desesperada, dejé a Leo en el suelo y me acerqué a un interfono.

—Fred... Karin, oídme. Los «onwos» pueden hacer algo por Leo... Me han dicho que le devolverán la vida si se lo llevo antes de dos horas... ¡Tenéis que ayudarme a sacarle de aquí! ¡Por el amor de Dios os lo pido! ¿No me oís?

En contestación escuché un grito desgarrador, infrahumano, que me heló la sangre en las venas. Sin saber por qué, eché a correr hacia la cabina de Karin, cuya puerta estaba cerrada por dentro. Oí gritos en su interior, así como el llanto de Estrella.

Aporreé la puerta con fiereza.

—¡Dejaos de pelear! ¡Hay que salvar a Leo! ¡Ayudadme! ¡Pensad

en la niña, que no tiene culpa de nada!

Dentro de la cabina se hizo el silencio. Yo continué llamando. Y, al poco, la puerta se abrió. Ante mí apareció el rostro ensangrentado de Karin.

Por un lado de ella, pude ver a Fred tendido en el suelo.

—¿Qué ha ocurrido?

—Nada… Nada… —jadeó Karin—. Fred se ha vuelto loco. Ya no hará más daño a nadie.

La empujé y entré de un salto en la cabina. Junto a Fred había unas tijeras. La sangre manaba en abundancia del cuerpo del mecánico.

En su lecho, Estrella se puso a llorar de nuevo.

Me levanté y corrí hacia la niña, tomándola en brazos para sacarla de allí.

—¡ Es mía! — me gritó Karin.

—Sí, es tuya — dije, con infinito desprecio —. Y un día se sentirá muy orgullosa de su madre… ¡Hay que sacarla de aquí! ¡Esto es un infierno y se condenará!

Se la tendí y la tomó febrilmente. Después de todo, era su madre.

La empujé y salimos de su cabina, cerrando la puerta.

—Es abominable lo que ha sucedido aquí.

—¡Tenía que defenderme de esa bestia! — exclamó Karin, estrechando a su hija fuertemente entre sus brazos.

—Tú has tenido la culpa de todo —la acusé—. Por ti ha sucedido esto.

—No, Ana María, fueron ellos. ¡Todos, menos Leo! ¡El viaje había de durar toda la vida! ¡Yo no pude resistir y…!

Me dio asco y la atajé.

—Olvídale, si es que puedes. Ven y ayúdame a sacar a Leo.

—¡Le ha matado Fred! ¡Quería escapar de aquí! ¡Le sorprendió cuando estaba hablando a través del aparato que tú trajiste!

La agarré del brazo y la llevé hacia la salida.

—Ya sabes cómo funciona la compuerta exterior. En cuanto se cierre ésta, presiona el conmutador.

—Sí, sí…

Me metí en la cámara intermedia, con Leo y Karin presionó el conmutador de cierre. En cuanto la puerta interior quedó ajustada, la exterior, accionado el otro dispositivo por Karin, empezó a descorrerse.

El frío me produjo un estremecimiento angustioso. Entonces, me di cuenta de que no llevaba el traje de vacío. Pero no me preocupé mucho.

Arrastré a Leo hacia la rampa.

Fuera, moviéndose sobre la nieve, vi los curiosos «galápagos», que se acercaban.

No pude ni llevar a Leo a la rampa. El frío aumentó en mi cuerpo y me entró un temblor inusitado, febril, agónico. Intenté, empero, sacar el cuerpo de Leo y sólo logré llevarle hasta la rampa.

Allí caí, temblando ya como sacudida por una tremenda corriente eléctrica. Antes de cerrárseme los ojos, creí ver a varios «galápagos» acercándose a toda velocidad.

Y había olvidado que la temperatura exterior era de sesenta grados bajo cero.

* * *

Cuando abrí los ojos, me encontré dentro de una campana de cristal. Me hallaba en una de las salas blancas y de luz difusa, en el interior del planeta «Albor». A mi alrededor habían varios «onwos» inexpresivos. ¡ Y alguien más!

Un muerto que había resucitado: Leo Pittston.

—Hola, Ana María —me dijo.

Escuché su voz a través del vidrio de la campana.

—¡Leo! —exclamé.

Su sonrisa inundó mi corazón de felicidad.

—No te preocupes. Pronto estarás bien. Ha sido un enfriamiento... ¡Es asombroso lo que saben hacer estos hombrecillos! Me han asegurado que yo estaba muerto, y los creo. Todavía me duele la cabeza.

—Es cierto, Leo. Yo te saqué de la nave.

—Sí, me lo han dicho. No olvidaré eso.

Escuché también una voz, procedente de un intérprete vibrátil, que decía:

—Ya estás repuesta, mujer. Vamos a sacarte de ese regenerador térmico. Procura, en lo sucesivo, no exponer tu cuerpo a los rigores del frío exterior.

—Lo siento —dije—. Estaba tan angustiada por Leo que ni siquiera pensé en mí.

Los hombrecillos que me habían atendido se retiraron, quedándose sólo Leo. Al poco, se levantó la campana que me cubría y pude incorporarme, saltando al suelo desde la mesa flotante que me sostenía.

Leo me abrazó tiernamente y acarició mis cabellos.

—¡ Mi pequeña muñeca, te adoro!

—¡ Oh, Leo!

Sentí la inefable sensación de la felicidad. Ya no me importaba nada más. Tenía todo cuanto anhelaba en el mundo.

Así permanecimos unos minutos, hasta que la voz de Ak, surgiendo del vibrador, me sacó de mi ensimismamiento, para decirnos:

—Se hace necesario el regreso a vuestra nave. Hay una criatura allí que os está esperando.

—¡ Estrella! — exclamé.

—Sí. Hemos de regresar cuanto antes —dijo Leo—. Parece ser que Karin ha perdido el juicio y no hace más que correr, de un lado a otro de la nave, lanzando alaridos espantosos. Su estúpida existencia no podía terminar de otro modo.

—El mayor Leo se pondrá el traje de vacío perteneciente a Augusto Elm y regresará a la nave —siguió diciendo la voz de Ak—. Allí tomará el traje de Ana María y regresará de nuevo. Luego podrán partir.

—De acuerdo — dijo Leo.

Miramos en nuestro derredor. La puerta que comunicaba con la sala exterior estaba abierta. Fuimos hacia allá. Ak me dijo:

—Tú quédate, Ana María.

Abracé a Leo y le dejé marchar, quedándome allí. Me volví entonces hacia el intérprete y dije:

—No sé cómo agradecerle todo lo que ha hecho por nosotros, Ak.

—No tienes que agradecerme nada, hija mía. No hemos hecho más

que cumplir con nuestro deber. Ya te dije que nosotros no odiamos, pero somos justos.

»Sin embargo, lamento todo lo ocurrido. Vuestro viaje tenía que terminar así. Era inevitable. Vuestra suerte ha sido llagar a Onwo, de lo contrario, perdidos en el espacio, vuestra nave habría sido un infierno increíble, donde la maldad y la locura se habían aliado para llevaros a un fin espantoso.

—Sí, es cierto —admití—. Y no lo entiendo, porque todos nosotros fuimos sometidos a un reconocimiento psicológico y salimos bien de la prueba.

—Tampoco lo dudo —replicó Ak—. Sabemos ya que vuestra ciencia es confusa. Poseéis grandes conocimientos y grandes errores. A vuestra humanidad le costará siglos salir de esos errores que hombres equivocados han divulgado como premisas axiomáticas indiscutibles. Esos son los «tabús» de vuestra raza.

»Muchos creen que su ciencia es perfecta y se engañan. El resultado está al alcance de la mano, en vosotros mismos. Se os consideró como seres equilibrados, inconscientes, y, posiblemente, lo erais en el momento del examen psicológico. No lo dudo. Pero sois cambiantes, debido a vuestra propia flaqueza. Os hacéis un firme propósito y luego, por una insignificancia, cambiáis de idea.

»No creo que nos interese mucho entablar relaciones culturales con vosotros. En el intercambio saldríamos perjudicados. Por eso, y en vista de la actitud del mayor Leo, que insiste en proseguir con el «Proyecto l-CGTM-93», creo conveniente ayudaros para que podáis continuar el viaje hacia el infinito.

—¿Pretende Leo seguir con la misión?

—Si. Ésa es la orden que le han dado desde La Tierra. Le han dicho que se organizará otra expedición para visitarnos. Y nosotros estudiaremos la conveniencia de recibirlos o no, si es que llega algún día.

—No entiendo. ¿Por qué han de exigirnos continuar si hemos perdido a varios miembros de la expedición?

—Es mejor que te lo explique Pittston. El conoce mejor que nosotros esos motivos. Yo he dispuesto que nuestros técnicos reparen los núcleos de energía, y en ese trabajo se encuentran ahora. Dentro de unos días todo estará preparado para que podáis marchar.

— No sé qué decirte, Ak. Esperaré el regreso de Leo.

* * *

Al cabo de una hora, Leo regresó. Venía sombrío y llevaba mi traje espacial. Sus primeras palabras fueron:

—Karin se ha matado.

—¡ Dios santo!

—No quiero entrar en detalles, pero se ha disparado con un desintegrador. Por lo visto, tuvo un momento de lucidez en su arrebato de locura y lo aprovechó para escribir una confesión.

»Ella incitó a los otros a cometer sus faltas... ¡ Una inmunda historia!

—¿Y la niña?

—Está bien. La he dejado durmiendo. La criaremos entre tú y yo.

Me agarré a su brazo, apenada, y musité:

—Hemos de regresar cuanto antes, Leo.

—Sí.

Me ayudó a ponerme el traje. Ak estaba presente. Había venido a despedirnos, y nos dijo:

—Aún nos volveremos a ver antes de separarnos definitivamente. Por lo tanto, hasta luego, amigos míos. Sois seres que honráis vuestra raza. Si supiéramos que los delegados que han de venir son como vosotros, nos sentiríamos muy satisfechos. Nuestro temor es que sean como los otros.

—En nuestro mundo hay de todo, Ak —dijo Leo—. Hombres malos y hombres buenos. Somos nosotros mismos los que elegimos un camino u otro. Eso es una cualidad divina que vosotros desconocéis. Nuestra existencia es breve y de nuestros actos respondemos al final de ella.

—Sí, lo he comprendido. Creo que, en ese aspecto, vosotros sois más dichosos que nosotros, porque tenéis esperanza... La esperanza que a nosotros nos falta. Id, pues, con Dios y que Él os proteja.

—Gracias, Ak.

Nos tendió la mano, utilizando nuestro modo de saludar. Yo sentí un arrebato y me llevé su mano a los labios. La besé. Su piel era áspera, blanda, casi repulsiva. Y, sin embargo, mi acto me llenó de inmensa felicidad y alegría.

Los «onwos» no son como nosotros. Parecen más feos y horribles. En aquel momento, Ak me pareció la más bella de las criaturas.

Penetramos en sendos ascensores magnéticos y fuimos impulsados hasta el exterior. Movidos por la fuerza anti gravitatoria que nos enviaron, salimos de la fisura y caímos suavemente sobre la nieve.

Vi que los «galápagos» destruidos habían sido retirados ya. La nieve era blanca.

—¿Sabías que antes esto era un lago? —me preguntó Leo, tomándome de la mano.

—No.

—Sí, me lo ha dicho Ak. Ésta es la región de los lagos. Ellos viven dentro de lo que fue agua. Son ingeniosos e inteligentísimos...

—¿Por qué quieres continuar el viaje? —pregunté, de pronto.

—Me lo han ordenado. Y yo quiero seguir —me dijo, distraídamente.

—Si es una orden...

—Lo es, Ana María. Seguiremos hasta el fin. Y no habrá más inconvenientes. Soy otro hombre, he resucitado.

Le miré con curiosidad.

—¿Qué quieres decir? Eso ya lo sé..

—¿Sabes en qué año estamos?

—En el 2008.

—Te equivocas en veinte años, Ana María. Hoy lo he sabido... ¡Hace veintitrés años que salimos de La Tierra!

—¡No! —exclamé—. Yo sigo igual... Y tú... ¿Y los relojes?

—Se han modificado. Yo lo hice. Yo os he engañado muchas veces. Y eso ha debido producir la enajenación de Karin, Fred y Augusto. Ak lo sabía. Ese hombre lo sabe todo.

—¿Por qué, Leo? ¿Por qué?

—Cumplía órdenes. Ahora no tengo por qué guardar el secreto. El «Proyecto l-CGTM-93» ha consistido siempre en comprobar nuestras posibilidades de supervivencia en el espacio. Era preciso ignorar el tiempo transcurrido.

—¡ Pero yo no he envejecido!

—Hemos estado sometidos a períodos de hibernación. Vosotros creíais dormir unas horas y lo hacíais durante meses enteros. El tiempo no cuenta. Y Karin Lakin lo sabía. Por eso enloqueció. Pero no podía revelar el secreto. Llegó a obsesionarse, pensando que ya tenía

cuarenta y seis años.

—¡Cielos!

—Lo curioso es que ninguno habíamos envejecido en lo físico. En realidad, seguimos siendo exactamente igual que cuando partimos. En cambio, allá en La Tierra, nuestros compañeros ya son viejos. ¿Te das cuenta, Ana María?

Sacudí la cabeza, aturdida.

—Tus padres han muerto —me dijo—. Tengo un radiomensaje guardado para ti… Y también mi mujer ha muerto.

Estábamos junto a la nave. La compuerta exterior se encontraba abierta.

—Subamos, amor mío…

Sus palabras me sonaron distantes, casi sin sentido. Volvíamos a casa… ¡Veinte años después!

* * *

Aún tenía que averiguar muchas cosas.

Pero ¿para qué seguir narrando mi historia? Sé que nadie podrá conocerla jamás. Mis hijos la oirán cuando yo muera. Espero que comprenderán.

Ellos saben que no vamos a ninguna parte. Su destino es éste. Vagar por el Cosmos, donde el tiempo no cuenta para nada, donde se crece y se envejece sin notarse, donde se muere, como murió Leo, a los ochenta y seis años.

Todavía pasará mucho tiempo hasta que vaya a reunirme con él… ¡Mucho tiempo, Señor!

No puedo quejarme, sin embargo. A veces, pienso en los días pasados. Recuerdo a Augusto Elm, a Fred Aider, a Raúl Lacaune y la madre de la hermosa y alegre Estrella, mi nuera.

Juan, mi hijo mayor, se casó con Estrella, Tienen seis niños. Me gusta verlos jugar por la nave. Tropiezo con ellos por todas partes.

»—Vigila a los niños, Juan —le he dicho repetidas veces—. El día menos pensado causarán un accidente.

»—Vamos, mamá. No tengas cuidado. Son traviesos, pero no tontos.

Mi hijo se ríe y se va al puente de gobierno, donde está Estrella. ¡Cómo me recuerda a su madre!

Yo paso muchas horas sentada en la cabina de descanso. Allí proyecto filmes en los que aparece Leo, ¡mi apuesto, íntegro y valiente Leo!

Sé que al fin, fue feliz a mi lado. Le di todo lo que se merecía. Y le cerré los ojos cuando, agotado ya, se separó de mí. Nadie, ni siquiera los «onwos», habrían podido devolvérmelo. Su destino se había cumplido, con una lealtad insuperable.

Fue un hombre valiente y le quise con toda mi alma. Ni a él, ni a mí, ni a mis hijos, les importa vivir siempre dentro del «Eufax». Puede que, algún día, mis descendientes regresen a La Tierra. No sé cómo podrá ser eso, pero estoy segura que alguna vez descubrirán el Sistema Solar, los planetas y uno azul, maravillosamente bello, que los atraerá.

Entonces, mi espíritu y el de Leo estará de nuevo con ellos.

No importa el tiempo. No importa nada.

Mientras, seguimos navegando por el espacio. Así se nos mandó y así lo hacemos.

Me siento muy cansada. Creo que pronto iré a reunirme contigo, amado Leo. ¿Me esperarás aún?

F I N

Próximo número:

TAMBIÉN «ELLOS» PIENSAN

por

Clark Carrados

Es la historia más alucinante que este autor haya escrito jamás. Sumérjase usted también en este mundo aterrador.

¿Tal vez mañana será realidad?

# BOLSILIBROS TORAY

## OESTE



**ARIZONA**
Publicación quincenal. 9 ptas.



**HURACÁN**
Publicación quincenal. 9 ptas.



**RUTAS DEL OESTE**
Publicación quincenal. 9 ptas.

**SIOUX**
Publicación quincenal. 9 ptas.




**SEIS TIROS**
Publicación quincenal. 9 ptas.

**ESPUELA**
Publicación quincenal. 9 ptas.




**BEST-SELLERS DEL OESTE** Los mejores "westerns" americanos.
Precio: 20 ptas. Publicación quincenal.

## GUERRA

**HAZAÑAS BÉLICAS** Publicación quincenal. 9 ptas.




## ANTICIPACIÓN



**CIENCIA FICCIÓN**
Publicación quincenal. 9 ptas.

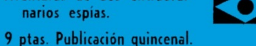


**ESPACIO**
Publicación quincenal. 9 ptas.

## ESPIONAJE




Aventuras de dos extraordinarios espías.
9 ptas. Publicación quincenal.





Una selección de autores franceses.
Precio: 30 ptas. Publicación mensual.

## POLICÍACO

**HURÓN** Los maestros europeos de hoy en narraciones de intriga, crímenes, suspense... Precio: 50 ptas. Publicación quincenal.

